

Llamado a las naciones

Extracto de los escritos de Shoghi Effendi

Título original en inglés: Call to the Nations

“Es hacia esta meta -la meta de una nuevo Orden Mundial, divino en su origen, omnímodo en sus alcances, equitativo en sus principios y desafiante en sus rasgos- por la que ha de bregar una humanidad hostigada”.

Índice

Prefacio	3
Introducción	4
La ordalía a la humanidad	8
La unidad de la humanidad	16
Un modelo para la sociedad futura.....	26
La Mancomunidad Mundial Bahá'í	31
El destino de la humanidad.....	38
Notas y referencias.....	43

Prefacio

En el ejercicio de su función como intérprete de la Revelación Bahá'í, Shoghi Effendi, Guardián de la Fe bahá'í, trató extensamente y con considerable énfasis el tema del orden mundial atesorado en esa revelación. Al comienzo de su ministerio, el cual marcó la iniciación de la Edad Formativa de la Fe, él hizo alusión a "esos elementos inapreciables de esa Civilización Divina, cuyo establecimiento es la misión primordial de la Fe bahá'í", y durante años redactó una serie de cartas donde desarrolló el tema, las que generalmente se conocieron como sus cartas sobre el Orden Mundial.

La necesidad vital de un orden mundial es ampliamente reconocida hoy día, pero los medios para lograrlo desconciertan incluso a sus más apasionados sostenedores. Mientras tanto, el proceso de desintegración continúa incontrolable y la condición de la humanidad se acerca a la etapa de la desesperación. En esta coyuntura crítica, la Casa Universal de Justicia, el cuerpo internacional que gobierna la Fe bahá'í, se siente impulsada a proclamar nuevamente el significado y propósito del Mensaje Bahá'í y su incumbencia en nuestra existencia sobre la tierra. Por lo tanto, ha seleccionado las cartas del Shoghi Effendi sobre el Orden Mundial, los siguientes pasajes, y los ofrece como una luz y guía a toda la humanidad, en este oscuro período de nuestra historia, período que sin embargo tiene un horizonte brillante con la promesa de ese más glorioso día, predicho y cantado a través de las edades por los profetas, visionarios y poetas y que ahora está alboreando sobre los acosados y desesperados hijos de los hombres.

Introducción

El principio fundamental enunciado por Bahá'u'lláh -lo creen firmemente los seguidores de su Fe- es que la verdad religiosa no es absoluta sino relativa, que la Revelación Divina es un proceso continuo y progresivo, que todas las grandes religiones del mundo son de origen divino, que sus principios básicos están en completa armonía, que sus objetivos y propósitos son uno y el mismo, que sus enseñanzas no son más que facetas de una sola verdad, que sus funciones son complementarias, que sólo difieren en los aspectos no esenciales de sus doctrinas, y que sus misiones representan etapas sucesivas en la evolución espiritual de la sociedad humana.

El objetivo de Bahá'u'lláh, el Profeta de esta nueva y grande era en que ha entrado la humanidad... no es destruir, sino cumplir las Revelaciones del pasado, reconciliar antes que acentuar las divergencias de los credos en conflicto que desintegran la sociedad presente.

Su propósito, lejos de menospreciar la posición de los Profetas anteriores a Él, o de empequeñecer sus enseñanzas, es reafirmar las verdades básicas que éstas encierran, de manera que las mismas estén de acuerdo con las necesidades de la edad en que vivimos, en consonancia con su capacidad, y sean aplicables a sus problemas, calamidades y desconcierto. Su misión es proclamar que las edades de infancia y niñez de la raza humana han pasado, que las convulsiones asociadas con su presente etapa de adolescencia la están preparando lenta y dolorosamente para alcanzar la etapa de madurez, y anuncian la aproximación de aquella Edad de Edades, en que las espadas serán forjadas en arados, en que habrá sido establecido el Reino prometido por Jesucristo, y asegurada definitiva y permanentemente la paz del planeta. Tampoco reclama Bahá'u'lláh carácter final para su propia Revelación, sino más bien afirma que una mayor medida de la verdad que Él, por comisión del Todopoderoso, ha concedido a la humanidad en una tan crítica coyuntura de sus destinos, deberá necesariamente ser revelada en etapas futuras de la constante e ilimitada evolución de la humanidad.

La Fe bahá'í mantiene la unidad de Dios, reconoce la unidad de sus Profetas e inculca el principio de la unicidad e integridad de toda la raza humana. Proclama la necesidad e inevitabilidad de la unificación del género humano, afirma que ésta se aproxima gradualmente, y asevera que nada salvo el espíritu transmutador de Dios, que actúa en este día por su Portavoz escogido, puede llegarla a lograrla. Además impone a sus seguidores el deber primordial de una libre búsqueda de la verdad, condena toda clase de prejuicio y

superstición, declara que el propósito de la religión es la promoción de la amistad y la concordia, proclama su armonía esencial con la ciencia, y reconoce que ella es el agente preponderante para la pacificación y progreso ordenado de la sociedad humana. Sostiene en forma inequívoca el principio de igualdades y privilegios para hombres y mujeres, insiste en la educación obligatoria, elimina extremos de pobreza y riqueza, suprime la institución del sacerdocio, prohíbe la esclavitud, el ascetismo, la mendicidad, y el monaquismo, enfatiza la necesidad de obediencia estricta al gobierno del propio país, exalta al grado de adoración cualquier trabajo ejecutado en espíritu de servicio, aboga por la creación o selección de un idioma internacional auxiliar y delinea las trazas de aquellas instituciones que deben establecer y perpetuar la paz general de la humanidad.

La Fe bahá'í gira en torno a tres figuras centrales, de las cuales la primera fue un joven, nativo de Shíráz, llamado Mírzá 'Alí-Muhammad, conocido como el Báb (Puerta), Quien en mayo de 1844, a la edad de veinticinco años, declaró ser el Heraldo que, de acuerdo con las Sagradas Escrituras de religiones pasadas, debería necesariamente anunciar y preparar el camino para el advenimiento de uno más grande que Él, cuyo misión habría de ser, conforme a esas Escrituras, inaugurar una era de justicia y paz, era que sería ensalzada como la consumación de todas las Dispensaciones pasadas, e iniciaría un nuevo ciclo en la historia religiosa del género humano. Una persecución activa y cruel, emprendida por las fuerzas organizadas de la Iglesia y el Estado en su tierra natal, precipitó sucesivamente su arresto, su exilio a las montañas de Ádhirbáyján, su encarcelamiento en las fortalezas de Máh-Kú y Chihríq, y su ejecución por un pelotón de fusileros, en julio de 1850, en la plaza pública de Tabríz. No menos de veinte mil de sus seguidores fueron muertos con tan bárbara crueldad, que atrajo la cálida simpatía y admiración sin reservas de un número de escritores, diplomáticos, viajeros y estudiosos occidentales, algunos de los cuales fueron testigos de estas abominables atrocidades y llevados a registrarlos en sus libros y crónicas.

Mírzá Æusayn-'Alí, llamado Bahá'u'lláh (la Gloria de Dios), natural de Mázindarán, cuyo advenimiento había predicho el Báb, atacado por aquellas mismas fuerzas de la ignorancia y el fanatismo, fue encarcelado en Teherán, desterrado de su país natal a Bagdad en 1852, de allí a Constantinopla y Adrianópolis, y finalmente, a la prisión de 'Akká, donde permaneció encerrado no menos de veinticuatro años, y en cuya vecindad falleció en 1892. Durante su destierro, y particularmente en Adrianópolis y 'Akká, Él formuló leyes y ordenanzas de su Dispensación; expuso, en más de cien volúmenes, los principios de su Fe; proclamó su Mensaje a los reyes y gobernantes de Oriente y Occidente, ya cristianos, ya musulmanes; se dirigió al Papa, al Califa del Islám, a los gobernantes de las repúblicas del continente americano, a todo

el orden sacerdotal de la Cristiandad, a los jefes del Islám Shí'íh y Sunní, y a los sumos sacerdotes de la Religión Zoroastriana. En estos escritos Él proclamó su Revelación, invitó a quienes se dirigía a atender su llamamiento y abrazar su Fe, les advirtió de las consecuencias que tendría su rechazo, y denunció en algunos casos su arrogancia y tiranía.

Su hijo mayor, 'Abbás Effendi, conocido como ad (el Siervo de Bahá), designado por él como su sucesor legítimo e intérprete autorizado de sus enseñanzas, Quien desde temprana edad había estado estrechamente vinculado a su Padre, y compartiera su exilio y tribulaciones, permaneció prisionero hasta 1908, año en que, como resultado de la Revolución de los Jóvenes Turcos, fue liberado de su confinamiento. Habiendo establecido su residencia en Haifa, pronto embarcó para su viaje de tres años a Egipto, Europa y Norteamérica, durante el cual expuso ante vastos auditorios las enseñanzas de su Padre y predijo el acercamiento de aquella catástrofe que pronto había de sobrevenir a la humanidad. Volvió a su hogar en vísperas de la Primera Guerra Mundial, durante la cual estuvo expuesto a constante peligro, hasta la liberación de Palestina por las fuerzas comandadas por el general Allenby, quien tuvo la máxima consideración para con Él y el pequeño grupo de coexiliados suyos en 'Akká y Haifa. En 1921 falleció y fue enterrado en una bóveda en el mausoleo erigido en el Monte Carmelo por instrucción expresa de Bahá'u'lláh para los restos del Báb, que previamente habían sido trasladados de Tabríz a la Tierra Santa, después de ser guardados y ocultados no menos de sesenta años.

El fallecimiento de 'Abdu'l-Bahá marcó el término de la Edad primera y Heroica de la Fe bahá'í y señaló el comienzo de la Edad Formativa, destinada a presenciar la gradual aparición de su Orden Administrativo, cuyo establecimiento había sido predicho por el Báb, cuyas leyes fueron reveladas por Bahá'u'lláh, cuyos rasgos principales fueron trazados por 'Abdu'l-Bahá en su Voluntad y Testamento, y cuyos fundamentos están siendo establecidos ahora por los consejos nacionales y locales elegidos por los adherentes declarados de la Fe...

Este Orden Administrativo, a diferencia de los sistemas desarrollados después de la muerte de los Fundadores de las distintas religiones, es de origen divino, descansa firmemente sobre las leyes, los preceptos, las ordenanzas e instituciones que el Fundador mismo de la Fe ha formulado específicamente y establecido en forma inequívoca; funciona en estricto acuerdo con las explicaciones de los Intérpretes autorizados de sus escrituras sagradas. Aunque ha sido fieramente atacada desde su comienzo, ha logrado, en virtud de su carácter, único en los anales de la historia religiosa del mundo, mantener la unidad del variado y ampliamente extendido cuerpo de sus sostenedores, y los ha capacitado para iniciar en forma unida y

sistemática empresas en ambos hemisferios, designadas para extender sus límites y consolidar sus instituciones administrativas.

La Fe a la que este orden sirve, resguarda y promueve es -debe ser observado en relación con ello- esencialmente sobrenatural, supranacional, enteramente no política, no partidista, y diametralmente opuesta a toda doctrina política o escuela de pensamiento que busque exaltar a alguna raza, clase o nación particular. Es libre de toda forma de eclesiasticismo, no tiene sacerdocio ni ritual, y es sostenida exclusivamente por contribuciones voluntarias de sus adherentes declarados. Aún siendo leales a sus respectivos gobiernos y aún estando imbuidos del amor a su propio país, y ansiosos de promover, en todo tiempo, sus mejores intereses, no obstante, los seguidores de la Fe bahá'í, que ven a la humanidad como una sola entidad, y están profundamente ligados a sus vitales intereses, no vacilarán en subordinar todo interés particular, sea personal, regional o nacional, a los intereses predominantes de la raza humana en general, sabiendo muy bien que en un mundo de pueblos y naciones interdependientes se favorece mejor a cada parte favoreciendo al todo, y que no se conseguirá resultado perdurable para ninguna de las partes componentes si son desatendidos los intereses generales de la entidad misma...

La ordalía a la humanidad

Una tempestad de violencia sin precedentes, de rumbo imprevisible, de efectos catastróficos inmediatos, de resultados finales inimaginablemente gloriosos, barre en la actualidad la faz de la tierra.(a) La fuerza que la impulsa aumenta inexorablemente en extensión e ímpetu. Su poder de purificación, aunque inadvertido, crece día a día. La humanidad, cogida por las garras de su fuerza arrolladora, está desconcertada ante las pruebas de su irresistible furia. No puede percibir su origen, ni su significación, ni discernir su resultado. Perpleja, angustiada e impotente, ve cómo este grande y poderoso viento de Dios invade las más lejanas y más hermosas regiones de la tierra, sacude sus cimientos, trastorna su equilibrio, divide sus naciones, destruye los hogares de sus pueblos, arrasa sus ciudades, envía al exilio a sus reyes, derriba sus baluartes, desarraiga sus instituciones, oscurece su luz y atormenta las almas de sus habitantes...

Los poderosos efectos de este gigantesco cataclismo sólo son comprensibles para quienes han reconocido la autoridad tanto de Bahá'u'lláh como del Báb. Sus seguidores saben perfectamente de dónde proviene, y a qué ha de arribar. Aunque ignoran su alcance, claramente reconocen su origen, están conscientes de su dirección, admiten su necesidad, observan con confianza sus misteriosos procesos, oran con fervor para que se mitigue su severidad, trabajan inteligentemente para apaciguar su furia y prevén, con nítida visión, la consumación de las aprehensiones y esperanzas que necesariamente debe engendrar.

Este juicio de Dios, visto por quienes han reconocido a Bahá'u'lláh como su Portavoz y su más grande Mensajero en la tierra, es tanto una calamidad punitiva como un acto de sagrada y suprema disciplina. Es a la vez un castigo de Dios y un proceso purificador para toda la humanidad. Su fuego castiga la perversidad de la raza humana, y suelda sus partes componentes para formar una comunidad orgánica indivisible que abarque todo el mundo...

"Agitaos, oh pueblo", es, por una parte, la grave advertencia pronunciada por Bahá'u'lláh mismo, "en previsión de los días de la Justicia Divina, pues la hora prometida ya ha llegado". "Abandonad lo que poseéis y tomad lo que ha traído Dios, Quien hace bajar la cerviz a los hombres. Sabed con certeza que si no os apartáis de lo que habéis cometido, el castigo os sobrevendrá de todos lados, y veréis cosas más penosas que las que habéis presenciado antes". Y además: "Os hemos fijado un tiempo, ¡oh pueblo! Si la hora señalada, no os volvéis a

Dios, Él, verdaderamente, os prenderá violentamente y hará que dolorosas aflicciones os asalten de todas partes"...

"Toda la tierra", afirma enfáticamente Bahá'u'lláh, pronosticando el prometedor futuro que espera a un mundo actualmente envuelto en tinieblas, "se encuentra ahora en estado de preñez. Se aproxima el día en que habrá producido sus más nobles frutos, en que de ella habrán brotado los más majestuosos árboles, las flores más encantadas, las más maravillosas bendiciones". "Se aproxima el tiempo en que toda cosa creada habrá depuesto su carga. ¡Glorificado sea Dios Quien ha concedido esta gracia que abarca todas las cosas, ya sean visibles o invisibles!" "Estas grandes opresiones", Él además ha escrito, prefigurando la edad de oro de la humanidad, "la están preparando para el advenimiento de la Más Grande Justicia". La Más Grande Justicia es en efecto la Justicia sobre la cual puede únicamente y debe finalmente descansar la estructura de la Más Grande Paz, en tanto que esa Más Grande Paz, a su vez, marcará el comienzo de aquella Más Grande, aquella Civilización Mundial que siempre será asociada con Quien lleva el Más Grande Nombre...

Casi cien años han transcurrido desde que amaneciera sobre el mundo la Revelación de Bahá'u'lláh, Revelación cuya naturaleza, como Él mismo lo afirma, "ninguna de entre las Manifestaciones del pasado, salvo en una medida prescrita, jamás han comprendido plenamente". Durante un siglo entero Dios ha concedido plazo a la humanidad para que reconozca al Fundador de tal Revelación, abrace su Causa, proclame su grandeza y establezca su Orden. En un centenar de volúmenes, repositorios de inapreciables preceptos, poderosas leyes, principios únicos, exhortaciones apasionadas, reiteradas advertencias, profecías asombrosas, invocaciones sublimes e importantes comentarios, el Portador de tal Mensaje ha proclamado, como ningún Profeta antes que Él lo ha hecho, la Misión que Dios Le confiara. A emperadores, reyes, príncipes y potentados; a gobernantes y gobiernos, clero y pueblos, del Oriente como del Occidente, ya fueran cristianos, judíos, musulmanes o zoroastrianos, Él dirigió, durante casi cincuenta años, y en las más trágicas circunstancias, estas inapreciables perlas de conocimiento y sabiduría que estaban ocultas en el océano de su incomparable prolación. Renunciando a fama y fortuna, aceptando encarcelamiento y exilio, sin importarle ostracismo ni oprobio, sometido a ultrajes físicos y crueles privaciones, Él, el Representante de Dios sobre la tierra, permitió ser desterrado de lugar en lugar y de país en país. ..."Nosotros, verdaderamente", Él mismo ha declarado, "no hemos dejado de cumplir nuestro deber de exhortar a los hombres, y de entregar lo que Me fue ordenado por Dios, el Todopoderoso, el Todoalabado. Si Me hubiesen escuchado, habrían visto a la tierra convertida en otra tierra". Y además: "¿Queda excusa para alguien en esta Revelación? ¡No, por Dios, el Señor del

Poderoso Trono! ¡Mis signos han rodeado la tierra y mi poder ha envuelto a toda la humanidad, y, sin embargo, la gente está sumida en un extraño sueño!"

¿Cómo -bien podemos preguntarnos- ha correspondido el mundo, objeto de esa solicitud divina, a Aquel, Quien sacrificó todo por su causa? ¿Qué acogida Le brindó, y qué respuesta provocó su llamado? Un clamor sin paralelo en la historia del Islám Shí'ih, recibió, en su país de origen, la naciente luz de la Fe... Una persecución que encendió valor tal, según da fe una autoridad no menos eminente como la del fallecido Lord Curzon de Kedleston, que no es superado por el que despertaron los fuegos de Smithfield, segó, con trágica rapidez, las vidas de no menos de veinte mil de sus heroicos adherentes, quienes rehusaron trocar su fe recién nacida por los efímeros honores y seguridad de una vida mortal...

Indiferencia absoluta por parte de hombres eminentes de elevada posición, odio implacable demostrado por los dignatarios eclesiásticos de aquella Fe de la cual ésta provenía; la burla desdeñosa del pueblo en medio del cual había nacido; el total desprecio manifestado hacia ella por la mayoría de los reyes y gobernantes a quienes se dirigió su Autor; las censuras pronunciadas por aquellos bajo cuyo dominio surgió y comenzó a expandirse; las amenazas lanzadas y los destierros que decretaron; la deformación de sus principios y leyes por gente envidiosa y malévola, en países y entre pueblos alejados de su tierra de origen, todas éstas no son sino demostraciones del tratamiento que le dispensó una generación satisfecha de sí misma, indiferente a su Dios, e inconsciente de los presagios, profecías, avisos y advertencias revelados por sus Mensajeros...2

¿Entonces -podríamos preguntarnos- qué ha sucedido y continúa sucediendo, frente a tan completo e ignominioso rechazo, en este primer siglo bahá'í, especialmente en sus años finales; siglo lleno de tan tumultuosos padecimientos y violentos atropellos para la perseguida Fe de Bahá'u'lláh? Imperios desmoronados; reinos destruidos; dinastías extinguidas; realiza mancillada; reyes asesinados, envenenados, arrojados al exilio, subyugados en sus propios reinos; en tanto los pocos tronos que quedan se estremecen con las repercusiones de la caída de sus compañeros... Ciertamente, ningún hombre que contemple desapasionadamente las manifestaciones de este inexorable proceso revolucionario, desarrollado dentro de tan relativamente corto tiempo, puede dejar de llegar a la conclusión de que los últimos cien años pueden ser considerados, en lo que a los destinos de la realiza se refiere, como uno de los períodos más catastróficos en los anales de la humanidad...3

El decadente destino de las cabezas coronadas poseedoras del poder temporal ha tenido como paralelo un no menos alarmante deterioro de la influencia ejercida por los líderes espirituales

del mundo. Los extraordinarios acontecimientos que han anunciado la disolución de tantos reinos e imperios, casi han coincidido con el derrumbamiento de las aparentemente inviolables fortalezas de la ortodoxia religiosa. El mismo proceso que, repentina y trágicamente, decidió la suerte de reyes y emperadores, extinguiendo sus dinastías, ha actuado en el caso de los líderes eclesiásticos, tanto de la Cristiandad como del Islám, perjudicando su prestigio y, en algunos casos, derribando sus instituciones supremas. De hecho, "se les ha quitado el poder", tanto "a los reyes" como "a los eclesiásticos!". La gloria de aquellos ha sido eclipsada, en tanto que el poder de éstos se ha perdido irremediablemente...4

El hecho de que la integridad de algunas de estas instituciones haya sido irreparablemente sacudida, es demasiado evidente como para que pueda equivocarlo o negarlo un observador inteligente. La fisura entre fundamentalistas y liberales de entre sus adherentes se está continuamente ensanchando. Sus credos y dogmas se han diluido y, en ciertos casos, han sido ignorados y descartados. Su vigencia en la conducta humana está perdiéndose, y el personal de sus ministerios está reduciéndose en número e influencia. La timidez y falta de sinceridad de sus predicadores han quedado al descubierto en varios casos. En algunos países, sus bienes han desaparecido e ha declinado el vigor de su adiestramiento religioso. Sus templos han sido parcialmente abandonados y destruidos, y el olvido de Dios, de sus enseñanzas y de su Propósito los ha debilitado y abrumado de humillación...5

Los signos de decadencia moral, considerados independientemente de las pruebas de la declinación en las instituciones religiosas, parecerían ser no menos notables y significativos... En cualquier dirección en que dirijamos nuestra mirada y por muy precipitada que sea nuestra observación de los dichos y hechos de la generación actual, no podemos dejar de impresionarnos frente a las evidencias de decadencia moral que en su vida individual no menos que en su función colectiva exhiben los hombres y las mujeres que nos rodean.

No cabe ninguna duda de que la declinación de la religión como fuerza social, de la cual el deterioro de las instituciones religiosas es sólo un fenómeno externo, es la principal responsable de tan grave y conspicuo mal. "La religión", escribe Bahá'u'lláh, "es el más grande de todos los medios para el establecimiento del orden en el mundo y para la pacífica satisfacción de todos los que en él habitan. El debilitamiento de los pilares de la religión han fortalecido las manos del ignorante y lo ha hecho audaz y arrogante. En verdad digo, cualquier cosa que haya rebajado la sublime posición de la religión, ha aumentado el descarrío del perverso, y el resultado no puede ser otro que anarquía". En otra Tabla, Él ha afirmado: "La religión es una luz radiante y una fortaleza inexpugnable para la protección y el bienestar de

los pueblos del mundo, pues el temor a Dios hace que el hombre se aferre a lo bueno, y eluda todo mal. Si la lámpara de la religión fuera oscurecida, el caos y la confusión sobrevendrían, y las luces de la honradez, de la justicia, de la tranquilidad y de la paz dejarán de brillar"...

Podemos bien admitir que tal es el estado al cual se están aproximando por igual los individuos y las instituciones. Al lamentar el infortunio de una humanidad descarriada, Bahá'u'lláh ha escrito: "No pueden encontrarse ni dos hombres de los que pueda decirse que están unidos interior y exteriormente. Las evidencias de la discordia y de la malicia son manifiestas en todas partes, aunque todos han sido creados para la armonía y la unión". En la misma Tabla, Él exclama: "¿Hasta cuándo la humanidad persistirá en su descarrío? ¿Hasta cuándo continuará la injusticia? ¿Hasta cuándo reinarán entre los hombres el caos y la confusión? ¿Hasta cuándo la discordia ha de agitar la faz de la sociedad? Los vientos de la desesperación están soplando, lamentablemente, desde todas direcciones, y la contienda que divide y aflige a la raza humana está creciendo día a día".

El recrudescimiento de la intolerancia religiosa, de la animosidad racial, y de la arrogancia patriótica; las crecientes evidencias de egoísmo, de sospecha, de miedo y de engaño; el auge del terrorismo, del desorden, del alcoholismo y del crimen; la sed insaciable y la búsqueda febril de vanidades, riquezas y placeres terrenales; el debilitamiento de la solidaridad familiar; el relajamiento del control paterno; la caída de la indulgencia del lujo; la actitud irresponsable para con el matrimonio y la consiguiente ola creciente de divorcios; la degeneración del arte y de la música, la corrupción de la literatura y de la prensa; la extensión de la influencia y las actividades de esos "profetas de la decadencia" quienes abogan por el matrimonio en compañerismo, quienes predicán la filosofía del nudismo, quienes llaman a la modestia una ficción intelectual, quienes rehusan considerar a la procreación como el propósito sagrado y primario del matrimonio, quienes denuncian a la religión como un opio de los pueblos, quienes, si se les diera rienda suelta, harían retroceder a la raza humana a la barbarie, al caos y a la extinción final, estas aparecen como las características sobresalientes de una decadente sociedad, de una sociedad que deberá renacer o perecer...6

Sin embargo, que nadie se equivoque sobre mi propósito o tergiverse esta cardinal verdad que pertenece a la esencia de la Fe de Bahá'u'lláh. Todo seguidor de la Religión Bahá'í sostiene, sin reservas e inquebrantablemente, el origen divino de todos los Profetas de Dios... Se reconoce claramente la unidad fundamental de esos Mensajeros de Dios; se afirma la continuidad de sus Revelaciones; se admite la autoridad dada por Dios y el carácter correlativo de sus Libros; se proclama la singularidad de sus metas y propósitos; se enfatiza la unicidad de su influencia; y

se enseña y prevé la definitiva reconciliación de sus enseñanzas y seguidores. "Todos ellos", conforme al testimonio de Bahá'u'lláh, "habitan en el mismo tabernáculo, se remontan en el mismo cielo, están sentados en el mismo trono, pronuncian las mismas palabras, y proclaman la misma Fe".

La Fe identificada con el nombre de Bahá'u'lláh niega toda intención de rebajar a cualquiera de los Profetas que vinieron antes de Él, de reducir cualquiera de sus enseñanzas, de oscurecer, aunque sea levemente, el resplandor de sus Revelaciones, de desalojarlos del corazón de sus seguidores, de abrogar los fundamentos de sus doctrinas, de descartar cualquiera de sus Libros revelados, o de suprimir las legítimas aspiraciones de sus adherentes. Rechazando la pretensión de que alguna religión sea la revelación final de Dios al hombre, y negando carácter final a su propia revelación, Bahá'u'lláh inculca el principio básico de la relatividad de la verdad religiosa, la continuidad de la Revelación Divina y el carácter progresivo de la experiencia religiosa. Su propósito es ampliar la base de todas las religiones reveladas y descubrir los misterios de sus escrituras. Insiste en el reconocimiento incondicional de la unidad de su propósito, reafirma las eternas verdades que ellas encierran, coordina sus funciones, distingue lo esencial y auténtico de lo no esencial y espurio en sus enseñanzas, separa las verdades dada por Dios, de las supersticiones incitadas por los sacerdotes, y sobre esta base proclama la posibilidad de su unificación., profetizando incluso su inevitabilidad y la consumación de sus mayores esperanzas...7

Tampoco debe pensarse en ningún momento que los seguidores de Bahá'u'lláh tratan de degradar, o siquiera rebajar, el rango de los jefes religiosos del mundo, ya sean cristianos, musulmanes o de cualquier otra confesión con tal que su conducta esté de acuerdo con lo que profesan y sean digna de la posición que ocupan. "Aquellos sacerdotes", ha afirmado Bahá'u'lláh, "... que están verdaderamente adornados con el ornamento del conocimiento y de un buen carácter, son, en verdad, como la cabeza del cuerpo del mundo, y como ojos para las naciones. La guía de los hombres, en todo tiempo, ha dependido y depende de estas benditas almas."...8

Bahá'u'lláh refiriéndose a la transformación efectuada por cada Revelación en las costumbres, pensamientos y hábitos de la gente, revela estas palabras: "¿No es el objeto de toda Revelación efectuar una transformación del carácter general de la humanidad, transformación que se manifestará a sí misma, tanto externa como internamente, que afectará tanto a sus condiciones internas como externas? Pues, si el carácter de la humanidad no es cambiado, se haría aparente la futilidad de la Manifestación universal de Dios".

¿No fue Cristo mismo, Quien dirigiéndose a sus discípulos, pronunció estas palabras: "Muchas cosas tengo que decirles, mas ahora no las entenderéis. Mas vendrá aquel Espíritu de Verdad que os guiará hacia toda la verdad"?

De las... palabras de Cristo, como lo atestigua el Evangelio, se desprende que todo observador desprejuiciado rápidamente comprenderá la magnitud de la Fe revelada por Bahá'u'lláh, y reconocerá el peso abrumador del llamado anticipado por Él...9

Si deseamos ser fieles a las tremendas significaciones que su mensaje implica, la Fe de Bahá'u'lláh debe ser considerada, en verdad, como la culminación de un ciclo, como la etapa final de una serie de revelaciones sucesivas, preliminares y progresivas. Comenzando éstas con Adán y terminando con el Báb, han preparado el camino y anticipando con énfasis siempre creciente el advenimiento de ese Día de Días, en que habría de manifestarse Aquel Quien es la Promesa de todas las Edades...10

La magnitud de las potencialidades con que ha sido dotada esta Fe, que no tiene par si semejante en la historia espiritual del mundo, y que señala la culminación de un ciclo profético universal, anonada nuestra imaginación. El brillo de la gloria milenaria que debe derramar en la plenitud del tiempo, deslumbra nuestra vista. La magnitud de la sombra que su Autor seguirá proyectando sobre sucesivos Profetas destinados a levantarse después del Él, elude nuestros cálculos.

Ya en el transcurso de menos de un siglo (b), la acción de los procesos misteriosos generados por su espíritu creativo ha provocado tal tumulto en la sociedad humana, que ninguna mente lo puede sondear. Sufriendo ella misma un período de incubación durante su edad primitiva, a través de la emergencia de su sistema que lentamente cristaliza, ha inducido una fermentación en la vida general de la humanidad que está destinada a sacudir los cimientos mismos de una sociedad desordenada, para purificar su sangre vital, para reorientar y reconstruir sus instituciones, y para modelar su destino final.

¿A qué otra cosa puede atribuir el ojo observador o la mente desprejuiciada, familiarizada con los signos y prodigios que anunciaron el nacimiento y acompañaron el surgimiento de la Fe de Bahá'u'lláh, este horrendo cataclismo con su consiguiente destrucción, miseria y temor, si no al surgimiento de su Orden Mundial embrionario, el que, como lo ha proclamado en forma inequívoca Él misma, ha "trastornado el equilibrio del mundo y ha revolucionado la vida ordenada de la humanidad"? ¿A qué causa pueden atribuirse los orígenes de esta portentosa

crisis, incomprensible para el hombre, si no a la difusión irresistible de ese espíritu que sacude, vigoriza y redime al mundo, que el Báb ha afirmado "vibra en la más íntima realidad de todas las cosas creadas" y que se admite no tiene precedentes en los anales de la raza humana? En las convulsiones de la sociedad contemporánea, en la frenética ebullición mundial del pensamiento de los hombres, en los feroces antagonismos que inflaman a las razas, credos y clases, en el naufragio de las naciones, en la caída de los reyes, en el desmembramiento de los imperios, en la extinción de las dinastías, en el colapso de las jerarquías eclesiásticas, en el deterioro de instituciones venerables, en la disolución de los lazos, tanto seculares como religiosos, que por tanto tiempo habían mantenido unidos a los miembros de la raza humana - todos los cuales se han ido manifestando con creciente gravedad desde que estalló la Primera Guerra Mundial la cual precedió en forma inmediata a los años iniciales de la Edad Formativa de la Fe de Bahá'u'lláh- y en las que podemos reconocer fácilmente las señales de un alumbramiento de una edad que ha soportado el impacto de su Revelación, que ha ignorado su llamado, y ahora se está esforzando por liberarse de su carga, como una consecuencia directa del impulso que le fue comunicado por la influencia generadora, purificadora y transmutadora de su espíritu...11

Misteriosa, lenta e irresistiblemente, Dios lleva a cabo su propósito, aunque lo que ven nuestros ojos en este día sea el espectáculo de un mundo desesperadamente atrapado en sus propias redes, totalmente sordo a la Voz que, durante una centuria, lo ha estado llamando hacia Dios, y miserablemente sumiso a los cantos de sirenas que quieren atraerlo al vasto abismo.

El propósito de Dios no es otro que el de inaugurar, por medios que sólo Él puede desentrañar, la Gran Edad Dorada de una humanidad durante tanto tiempo dividida y afligida. Su estado actual, aun su futuro inmediato, es sombrío, dolorosamente sombrío. Sin embargo, su futuro lejano es resplandeciente, gloriosamente resplandeciente; tan resplandeciente que ningún ojo puede imaginarlo.12

La unidad de la humanidad

La humanidad, ya sea considerada a la luz de la conducta individual del hombre o de las relaciones existentes entre comunidades organizadas y naciones, lamentablemente se ha desviado demasiado lejos y ha sufrido una declinación demasiado grande como para ser redimida mediante los esfuerzos aislados de sus mejores gobernantes y estadistas, por muy desinteresados que sean sus motivos, por muy coordinada que sea su acción, por muy fervorosos que sean en su celo y devoción a su causa. Ningún esquema que aún puedan diseñar los cálculos de los mayores estadistas; ninguna doctrina que se propongan desarrollar los más distinguidos exponentes de la teoría económica; ningún principio que puedan esforzarse por inculcar los más fervientes moralistas suministrará, en última instancia, los cimientos adecuados sobre los que ha de erigirse el futuro de un mundo aturdido.

Ninguna apelación a la tolerancia mutua que puedan hacer quienes entienden las condiciones del mundo, no importa lo apremiante e insistente que ella sea, podrá calmar las pasiones o contribuir a restaurar el vigor. Ni tampoco ningún esquema general de mera cooperación internacional organizada, en cualquier sector de la actividad humana por muy ingeniosa que sea su concepción o muy amplio su alcance, logrará erradicar la causa primera del mal que ha perturbado tan bruscamente el equilibrio de la sociedad actual. Ni siquiera, me atrevo a afirmar, la acción misma de crear el mecanismo requerido para la unificación política y económica del mundo -un principio sostenido cada vez más en los últimos tiempos- podrá por sí sola proveer el antídoto contra el veneno que progresivamente va minando el vigor de pueblos y naciones organizados.

Qué otra cosa, podemos afirmar con confianza, que no sea la abierta aceptación del Programa Divino enunciado por Bahá'u'lláh con tanta simplicidad y fuerza hace sesenta años,(c) el cual encarna en sus principios esenciales el esquema ordenado por Dios para la unificación de la humanidad en esta era, al que se agrega una férrea convicción de la infalible eficacia de todas y cada una de sus disposiciones, será finalmente capaz de resistir las fuerzas de desintegración interna; éstas, de no ser detenidas, continuarán necesariamente carcomiendo las partes vitales de una sociedad desesperada. Es hacia esta meta -la meta de un nuevo Orden Mundial, divino en su origen, omnímodo en sus alcances, equitativo en sus principios y desafiante en sus rasgos- por las que ha de bregar una humanidad hostigada.

Sería presuntuoso, aun por parte de los adeptos declarados a su Fe, sostener que se han captado todas las inferencias del prodigioso esquema de Bahá'u'lláh para la solidaridad humana mundial, o que se ha comprendido su significación. Sería prematuro, aun en una etapa tan avanzada de la evolución de la humanidad, pretender vislumbrarlo en todas sus posibilidades, estimar sus beneficios futuros, imaginar su gloria.

Todo lo que razonablemente podemos intentar es esforzarnos por lograr un vislumbre de los primeros rayos del Alba prometida que, en la plenitud del tiempo, habrá de ahuyentar las tinieblas que han envuelto a la humanidad. Todo lo que podemos hacer es señalar los que, en sus más amplios contornos, parecen ser los principios rectores que subyacen en el Orden Mundial de Bahá'u'lláh...

Que el desasosiego y sufrimiento que afectan a toda la humanidad son, en gran medida, consecuencias directas de la Guerra Mundial (d) y atribuibles a la falta de discernimiento y a la miopía de los responsables de los Tratados de Paz, es un hecho que sólo una mente prejuiciosa rehusaría admitir... Sin embargo, sería inútil sostener que la guerra, con todas las pérdidas que involucró, con las pasiones que despertó y con las injusticias que dejó tras de sí, ha sido la única responsable de la confusión sin precedentes en que se hallan inmersos en la actualidad casi todos los sectores del mundo civilizado. ¿No es un hecho -y ésta es la idea central que deseo destacar- que la causa fundamental de esta inquietud mundial es atribuible, no tanto a las consecuencias de lo que tarde o temprano habrá de ser considerado como una dislocación transitoria de un mundo en continuo cambio, sino antes bien al fracaso de aquellos en cuyas manos se ha depositado el destino inmediato de pueblos y naciones, al no adaptarse su sistema de instituciones económicas y políticas a las imperiosas necesidades de una era en rápida evolución? ¿Estas crisis intermitentes que convulsionan a la sociedad actual acaso no se deben principalmente a la lamentable incapacidad de los líderes reconocidos del mundo para comprender correctamente los signos de la época, para librarse de una vez por todas de sus preconceptos y encadenantes credos, para remodelar la maquinaria de sus respectivos gobiernos de acuerdo con las pautas implícitas en la suprema declaración de Bahá'u'lláh para la Unidad de la Humanidad, rasgo principal y distintivo de la Fe por él proclamada? Pues el principio de Unidad de la Humanidad, piedra fundamental del dominio omnímodo de Bahá'u'lláh, implica ni más ni menos que el cumplimiento de su esquema al que ya nos hemos referido. "En toda Dispensación", escribe 'Abdu'l-Bahá, "la luz de la Guía Divina ha enfocado un tema central. ...En esta maravillosa Revelación, en este glorioso siglo, el fundamento de la Fe de Dios y el rasgo distintivo de su ley es la conciencia de la Unidad de la Humanidad".

Muy patéticos son, por cierto, los esfuerzos de esos líderes de las instituciones humanas quienes, con total desprecio por el espíritu de la época, bregan por adaptar los procesos nacionales, apropiados a los antiguos días de naciones aisladas, a una época que debe, o lograr la unidad del mundo, tal como la esbozara Bahá'u'lláh, o perecer. En una hora tan crítica para la historia de la civilización, corresponde a los líderes de todas las naciones del mundo, grandes o pequeñas, de Oriente o de Occidente, vencedoras o vencidas, prestar atención al toque de clarín de Bahá'u'lláh, e imbuidos por completo de un sentido de solidaridad mundial, condición sine qua non de lealtad a la Causa, alzarse valientemente para lograr en su totalidad el único esquema reparador que Él, el Médico Divino, ha prescrito para una humanidad doliente. Que descarten de una vez para siempre todo preconceito, todo prejuicio nacional, y que presten atención al sublime consejo de 'Abdu'l-Bahá, el autorizado Expositor de sus enseñanzas. "Podrá usted servir mejor a su país", fue la réplica de 'Abdu'l-Bahá a un alto funcionario en ejercicio del gobierno federal de los Estados Unidos, quien Le había interrogado acerca de la mejor manera de promover los intereses de su gobierno y de su pueblo, "si, en su condición de ciudadano del mundo, trata de colaborar en la eventual aplicación del principio de federalismo que subyace en el gobierno de su propio país, a las relaciones existentes ahora entre pueblos y naciones del mundo".

En El Secreto de la Civilización Divina, destacada contribución de 'Abdu'l-Bahá a la futura reorganización del mundo, leemos lo siguiente:

"La verdadera civilización desplegará su estandarte en el propio corazón del mundo cuando cierto número de sus distinguidos y magnánimos soberanos -brillantes ejemplos de devoción y determinación-, por el bien y la felicidad de toda la humanidad, se levanten con firme resolución y clara visión para establecer la Causa de la Paz Universal. Deberán convertir la Causa de Paz en objeto de consultas generales, y tratar por todos los medios a su alcance de establecer la unión de las naciones del mundo. Deberán acordar un tratado obligatorio y establecer un convenio cuyas disposiciones serán firmes, inviolables y definitivas. Deberán proclamarlo a todo el mundo y obtener para él la sanción de toda la raza humana. Esta suprema y noble empresa -verdadera fuente de paz y bienestar para el mundo entero- deberá ser considerada como sagrada por todos los que habitan la tierra. Las fuerzas de la humanidad habrán de movilizarse para asegurar la estabilidad y permanencia de este Más Grande Convenio. En este omnímodo Pacto, los límites y fronteras de todas y cada una de las naciones serían claramente fijados, los principios fundamentales de las relaciones entre los gobiernos

definitivamente establecidos, y todos los acuerdos y obligaciones internacionales determinados. Asimismo, el número de armamentos de cada gobierno habrá de ser estrictamente limitado, porque si se permitiera aumentar los preparativos para la guerra y las fuerzas militares de cualquier nación, ello despertaría sospechas de las demás. El principio fundamental que subyace en este solemne Pacto debería ser tan firme que si algún gobierno violase cualquier de sus disposiciones, los demás gobiernos de la tierra deberían levantarse para reducirlo a completa sumisión; más aún, la raza humana en su totalidad debería decidir, con todas las fuerzas a su alcance, abolir a ese gobierno. Si esta más grande remedio fuera aplicado al enfermo cuerpo del mundo, éste seguramente se recuperará de sus males y permanecerá eternamente seguro y a salvo."

"Algunos, sin advertir el poder latente en el esfuerzo humano", señala Él además, "consideran que esta cuestión es sumamente impracticable, más aún, que está fuera del alcance del máximo empeño del hombre. Sin embargo, no es éste el caso. Por el contrario, en virtud de la infalible gracia de Dios, de la amorosa bondad de sus favorecidos, del empeño sin igual de almas sabias y capaces, y de los pensamientos e ideas de incomparables líderes de esa era, absolutamente nada puede ser considerado como inalcanzable. Se necesita empeño, incesante empeño. Nada que no sea una indómita determinación podrá lograrlo. Muchas cosas que en época anteriores se consideraban puramente ilusorias, actualmente se han convertido en algo muy sencillo y practicable. ¿Por qué esta grandiosa y elevada Causa -sol del firmamento de la verdadera civilización y el origen de la gloria, del progreso, del bienestar y del éxito de toda la humanidad- ha de ser considerada como imposible de alcanzar? Sin duda llegará el día en que su hermosa luz habrá de iluminar el concurso de los hombres."

En una de sus Tablas, 'Abdu'l-Bahá, ampliando su noble tema, revela lo siguiente:

"En épocas pasadas, aunque fue establecida la armonía, debido a la ausencia de medios, la unidad de toda la humanidad no pudo ser alcanzada. Los continentes permanecían totalmente divididos, e, incluso, entre los pueblos de un mismo continente, la asociación y el intercambio de ideas eran poco menos que imposibles. Por consiguiente, el intercambio, el entendimiento y la unidad entre los pueblos y congéneres de la tierra eran inalcanzables. Sin embargo, en la actualidad, los medios de comunicación se han multiplicado y los cinco continentes de la tierra se han fusionado virtualmente en uno solo. ...De igual modo, todos los miembros de la familia humana, ya sean pueblos o gobiernos, ciudades o aldeas, se han vuelto progresivamente interdependientes. La autosuficiencia no es ya posible para nadie, puesto que los lazos políticos unen a todos los pueblos y naciones, y día a día se estrechan los vínculos del comercio

y la industria, de la agricultura y la educación. Por lo tanto, la unidad de toda la humanidad puede ser lograda en este día. Ciertamente, ésta no es sino una de las maravillas de esta era asombrosa, de este glorioso siglo. Las épocas pasadas se vieron privadas de ello, pues este siglo -el siglo de la luz- ha sido dotado de una gloria, un poder y entendimiento únicos y sin precedentes. De allí, el milagroso surgir de una nueva maravilla cada día. Finalmente se verá cuán brillantes arderán sus candelas en el concurso de los hombres.

Contemplad cómo esta luz se está asomando ahora en el ensombrecido horizonte del mundo. La primera candela es la unidad en el campo político, cuyos destellos iniciales pueden ya distinguirse. La segunda candela es la unidad de pensamiento en emprendimientos mundiales, cuya consumación no tardará en presenciarse. La tercera candela es la unidad en libertad, la que sin duda habrá de acontecer. La cuarta candela es la unidad en religión, la cual constituye la piedra fundamental de la misma base, y que, mediante el poder de Dios, será revelada en todo su esplendor. La quinta candela es la unidad de las naciones, unidad que en este siglo quedará firmemente establecida, y que hará que todos los habitantes del mundo se consideren ciudadanos de una patria común. La sexta candela es la unidad de las razas, la que convierte a todos los que habitan la tierra en pueblos y congéneres de una misma raza. La séptima candela es la unidad de lenguaje, esto es, la elección de una lengua universal en la que todos los pueblos serán educados y en la que se comunicarán. Todas y cada una de éstas habrán de producirse inevitablemente, ya que el poderío del Reino de Dios ayudará y asistirá para su realización."

Hace más de sesenta años (e) en su Tabla a la Reina Victoria, Bahá'u'lláh, dirigiéndose al "concurso de gobernantes de la tierra", reveló lo siguiente:

" Reuníos a deliberar, y que vuestro único interés sea lo que beneficie a la humanidad y mejore su condición... Considerad al mundo como el cuerpo humano que, aunque en el momento de su creación estaba completo y era perfecto, se ha visto afligido, por causas diversas, con graves trastornos y enfermedades. Ni un solo día logró alivio; no, más bien su dolencia se agravó, pues cayó en manos de médicos ignorantes que daban rienda suelta a sus deseos personales y han errado gravemente. Y si alguna vez, por el cuidado de un médico hábil, un miembro de aquel cuerpo sanaba, el resto seguía enfermo, como antes." ...

En otro pasaje, Bahá'u'lláh agrega estas palabras:

" Vemos que aumentáis cada año vuestros gastos, y colocáis su carga sobre vuestros súbditos. Esto, verdaderamente, es total y gravemente injusto. Temed los suspiros y lágrimas de este

Agraviado, y no coloquéis cargas excesivas sobre vuestros pueblos. ... Reconciliaos entre vosotros, para que no necesitéis más de armamentos salvo en la medida en que lo exija la protección de vuestros territorios y dominios. Manteneos unidos, oh reyes de la Tierra, pues con ello la tempestad de la discordia será acallada entre vosotros y vuestros pueblos encontrarán descanso. Si uno de entre vosotros tomare armas contra otro, levantaos todos contra él, pues esto no es sino justicia manifiesta."

¿Qué otra cosa podrían significar estas importantes palabras que no fuera una referencia a la inevitable reducción de las irrefrenadas soberanías nacionales como un requisito indispensable para la formación de la futura Mancomunidad de todas las naciones del mundo? Es necesario desarrollar cierta forma de super-estado mundial, a favor del cual todas las naciones del mundo voluntariamente habrán de ceder todo derecho a entran en guerra, ciertos derechos a recaudar impuestos y todos los derechos de mantener armamentos, salvo con el propósito de conservar el orden interno dentro de sus respectivos dominios. Dicho estado habrá de incluir en su órbita a un Poder Ejecutivo Internacional con capacidad para hacer valer la autoridad suprema e indiscutible a todo miembro reacio de la mancomunidad; un Parlamento Mundial cuyos miembros serán elegidos por el pueblo en sus respectivos países y cuya elección será confirmada por sus respectivos gobiernos; y un Tribunal Supremo cuyos dictámenes tendrán efectos obligatorios aun en los casos en que las partes interesadas no estén voluntariamente de acuerdo en someter la disputa a su consideración. Una comunidad mundial cuyas barreras económicas serán derribadas para siempre y en la que se reconocerá definitivamente la interdependencia del capital y el trabajo; en la que el clamor del fanatismo y el conflicto religioso será acallado para siempre; en la que será finalmente extinguida la llama de la animosidad racial; en la que un código único de derecho internacional -producto de un juicioso análisis de los representantes federados del mundo- será sancionado por la intervención inmediata y coercitiva de las fuerzas combinadas de las unidades federadas; y, finalmente, una comunidad mundial en la que el furor de una nacionalismo caprichoso y militante será trocado por una perdurable conciencia de ciudadanía mundial. Así es como se presenta, en líneas generales, el Orden anticipado por Bahá'u'lláh, Orden que habrá de ser considerado el más hermoso fruto de una era en lenta maduración.

"El Tabernáculo de la unidad", proclama Bahá'u'lláh en su mensaje a toda la humanidad, "ha sido levantado; no os miréis como extraños los unos a los otros. ...Sois los frutos de un solo árbol y las hojas de una sola rama. ...La tierra es un solo país, y la humanidad sus ciudadanos. ...Que ningún hombre se gloríe de que ama a su patria; que más bien se gloríe de que ama a sus semejantes."

Que no quede ningún recelo en cuanto al propósito que anima a la Ley mundial de Bahá'u'lláh. Lejos de tender a la subversión de los fundamentos actuales de la sociedad, trata de ampliar su base, de amoldar sus instituciones en consonancia con las necesidades de un mundo en constante cambio. No está en conflicto con compromisos legítimos ni socava lealtades esenciales. Su propósito no es ni sofocar la llama de un sano e inteligente patriotismo en el corazón del hombre, ni abolir el sistema de autonomía nacional tan esencial cuando se busca evitar los males de un excesivo centralismo. No ignora ni intenta suprimir la diversidad de orígenes étnicos, de clima, de historia, de idioma y de tradición, de pensamiento y de costumbres que distinguen a los pueblos y naciones del mundo. Insta a una lealtad más amplia, a un anhelo mayor que cualquiera de los que la raza humana ha sentido. Insiste en la subordinación de móviles e intereses nacionales a los imperativos reclamos de un mundo unificado. Repudia el centralismo excesivo por una parte, y rechaza todo intento de uniformidad por otra. Su consigna es la unidad en diversidad como el mismo 'Abdu'l-Bahá ha aclarado:

"Considerad las flores de un jardín. Aunque diferentes en clase, color y forma, sin embargo, puesto que son refrescadas por el agua de una misma fuente, reanimadas por el aliento de un mismo viento y vigorizadas por los rayos de un mismo sol, esta diversidad aumenta sus encantos y aporta a su belleza. ¡Que desagradable para la vista si todas las flores y las plantas, las hojas y los capullos, los frutos, las ramas y los árboles de ese jardín fuesen todos de la misma forma y del mismo color! La diversidad de tonos y formas enriquece y adorna el jardín, y aumenta el encanto de éste. De modo similar, cuando las diversas maneras del pensamiento, del temperamento y del carácter son reunidas mediante el poder y la influencia de un organismo central, quedarán reveladas y se manifestarán la belleza y la gloria de la perfección humana. Nada que no sea el poderío celestial de la Palabra de Dios, que gobierna y trasciende las realidades de todas las cosas, es capaz de armonizar los diversos pensamientos, sentimientos, ideas y convicciones de los hijos de los hombres."

El llamado de Bahá'u'lláh se dirige principalmente contra toda forma de localismo, contra toda estrechez y prejuicio. Si los ideales largamente acariciados y las instituciones largamente veneradas, si ciertas convenciones sociales y fórmulas religiosas han dejado de promover el bienestar de la mayoría de la humanidad, si ya no cubren las necesidades de una humanidad en continua evolución, que sean descartadas y relegadas al limbo de las doctrinas obsoletas y olvidadas. ¿Por qué éstas, en un mundo sujeto a la inmutable ley del cambio y la decadencia, han de quedar exceptuadas del deterioro que necesariamente se apodera de toda institución humana? Porque las pautas legales, las teorías políticas y económicas han sido diseñadas sólo

para proteger los intereses de la humanidad toda, y no para que la humanidad se vea crucificada por la conservación de la integridad de alguna ley o doctrina determinada.

Que no haya ningún malentendido. El principio de Unidad de la Humanidad -pivote sobre el cual giran todas las enseñanzas de Bahá'u'lláh- no es un mero estallido de sentimentalismo ignorante o una expresión de vaga y piadosa esperanza. Su llamado no debe ser simplemente identificado con un renacimiento del espíritu de hermandad y de buena voluntad entre los hombres, ni tampoco tiene el solo propósito de fomentar la cooperación armoniosa entre individuos y naciones. Sus implicaciones son más profundas, sus aspiraciones son mayores que las correspondientes a los Profetas del pasado. Su mensaje es aplicable no sólo al individuo sino que atañe principalmente a la naturaleza de aquellas relaciones esenciales que han de ligar a todos los estados y naciones como a miembros de una familia humana. No constituye simplemente el enunciado de un ideal, sino que está inseparablemente vinculado a una institución apropiada para encarnar su verdad, demostrar su validez y perpetuar su influencia. Implica un cambio orgánico en la estructura de la sociedad actual, un cambio que aún el mundo no ha experimentado. Constituye un desafío, audaz y universal a la vez, a las gastadas consignas de los credos nacionales, credos que han tenido su día y que en el transcurso normal de los sucesos modelados y controlados por la Providencia, deberán abrir paso a un nuevo evangelio, fundamentalmente diferente e infinitamente superior a lo que el mundo ha concebido hasta ahora. Requiere nada menos que la reconstrucción y la desmilitarización de todo el mundo civilizado, un mundo orgánicamente unificado en todos los aspectos esenciales de su vida, de su maquinaria política, de su aspiración espiritual, de su comercio y de sus finanzas, de su escritura y de su idioma, y aún así, infinito en la diversidad de las características nacionales de sus unidades federadas.

Representa la consumación de la evolución humana, evolución que ha tenido sus orígenes en el nacimiento de la vida familiar, su subsiguiente desarrollo en el logro de la solidaridad tribal, lo que a su turno dio lugar a la constitución de la ciudad-estado, expandiéndose posteriormente en la institución de la nación independiente y soberana.

El principio de la Unidad de la Humanidad, tal como fuera proclamado por Bahá'u'lláh, lleva consigo ni más ni menos que una solemne afirmación de que el logro de esa etapa final en esta estupenda evolución, es no sólo necesario sino inevitable, que su realización se aproxima rápidamente y que nada que no sea el poder nacido de Dios logrará establecerlo...

¿Quién sabe si, para que una concepción tan elevada tome cuerpo, un sufrimiento aún más intenso que ninguno que haya experimentado, deberá ser infligido a la humanidad? ¿Acaso

algo menos que el fuego de una guerra civil con toda su violencia y sus vicisitudes -una guerra que casi desgarró a la gran república norteamericana- podría haber fusionado a los estados, no sólo en una unión de unidades independientes, sino en una nación, a pesar de todas las diferencias étnicas que caracterizaban a las partes componentes? Parece muy poco probable que una revolución tan fundamental, que involucra cambios de tan grande alcance en la estructura de la sociedad, pueda ser lograda a través del proceso ordinario de la diplomacia y de la educación. Sólo tenemos que volver nuestra mirada hacia la sangrienta historia de la humanidad para advertir que tan sólo una intensa agonía mental y física ha sido capaz de precipitar esos cambios trascendentales que constituyen los más grandes hitos en la historia de la civilización humana.

Aunque esos cambios del pasado fueron grandiosos y de mucho alcance, no parecen ser, al contemplárselos en la perspectiva apropiada, sino ajustes subsidiarios a modo de anticipo de esa transformación de incomparable majestuosidad y trascendencia que ha de sobrellevar la humanidad en esta era. Lamentablemente, se hace cada vez más evidente que únicamente las fuerzas de una catástrofe mundial podrán precipitar esa nueva fase del pensamiento humano. Paulatinamente, los hechos futuros habrán de demostrar la verdad de que tan sólo el fuego de una severa aflicción, de intensidad inigualada, puede fusionar y unir las entidades discordantes que constituyen los elementos de la civilización actual, en los componentes integrantes de la comunidad mundial del futuro.

La profética voz de Bahá'u'lláh advirtiéndolo, en los pasajes finales de Las Palabras Ocultas, a los pueblos del mundo que una calamidad imprevista los sigue y que un penoso castigo les espera, arroja fantástica luz sobre los destinos inmediatos de una afligida humanidad. Nada que no sea un fiero tormento, del cual la humanidad emergerá purificada y preparada, logrará implantar ese sentido de responsabilidad que los líderes de una era naciente deberán asumir.

Dirijo nuevamente vuestra atención a las ominosas palabras de Bahá'u'lláh que ya he citado: "Y cuando llegue la hora señalada, aparecerá súbitamente aquello que hará temblar a los miembros del cuerpo de la humanidad". ...

Una palabra más como conclusión. La proclamación de la Unidad de la Humanidad -piedra fundamental del dominio omnímodo de Bahá'u'lláh- no debe ser comparada bajo ninguna circunstancia con algunas expresiones de piadosa esperanza, pronunciadas en el pasado. El suyo no es meramente un llamado que Él realizó, solo y sin ayuda, frente a la oposición implacable y combinada de dos de los más poderosos potentados orientales de su época, siendo Él un exiliado y prisionero en sus manos. Significa a la vez una advertencia y una

promesa: una advertencia de que en él reside el único medio de salvación de un mundo en gran sufrimiento; una promesa de que su realización se encuentra al alcance de la mano.

Expresado en una época en que sus posibilidades todavía no habían sido seriamente contemplada en ningún lugar del mundo, mediante esa potencia celestial que la ha insuflado el Espíritu de Bahá'u'lláh, ha pasado a ser considerado finalmente, por un creciente número de hombres reflexivos, no sólo como una posibilidad cercana, sino como el resultado necesario de las fuerzas que están actuando hoy en el mundo.

El mundo, comprimido y transformado en un único organismo altamente complejo debido al maravilloso progreso alcanzado en el ámbito de las ciencias físicas, a la expansión mundial del comercio y la industria, y luchando bajo la presión de fuerzas económicas mundiales, entre los peligros de una civilización materialista, se encuentra sin duda en la urgente necesidad de un replanteo de la Verdad subyacente en todas las Revelaciones del pasado, en un lenguaje acorde con sus requerimientos esenciales. ¿Y qué otra voz que no sea la de Bahá'u'lláh -el Portavoz de Dios para esta era- sería capaz de lograr una transformación tan radical de la sociedad como la que Él ya ha logrado en los corazones de esos hombres y mujeres, tan diferentes y aparentemente irreconciliables, quienes constituyen el conjunto de sus declarados seguidores en todo el mundo?

Que una concepción tan majestuosa esté brotando rápidamente de las mentes de los hombres, que se estén elevando voces en su apoyo, que los rasgos sobresalientes habrán pronto de cristalizar en la conciencia de quienes tienen autoridad, en verdad, son cosas que pocos pueden poner en duda. Que sus modestos comienzos han ya tomado cuerpo en la Administración mundial, en la que se encuentran mancomunados los adherentes a la Fe de Bahá'u'lláh, es un hecho que sólo quienes tengan el corazón corrompido por el prejuicio dejarán de advertir. ...

Un modelo para la sociedad futura

Sólo unos pocos dejarán de reconocer que el Espíritu instilado por Bahá'u'lláh en el mundo, y que se está manifestando a sí mismo con diferentes grados de intensidad a través de los esfuerzos conscientemente demostrados por sus adherentes declarados, e indirectamente a través de ciertas organizaciones humanitarias, jamás podrá penetrar y ejercer una influencia permanente sobre la humanidad, a menos que se encarne en un orden visible que lleve su nombre, completamente identificado con sus principios, y funcionando de acuerdo con sus leyes. Bahá'u'lláh, en su Libro de Aqdas, y luego 'Abdu'l-Bahá en su Testamento -documento que confirma, suplementa y correlaciona las estipulaciones del Aqdas- han expuesto en su totalidad los elementos esenciales para la constitución de la Mancomunidad Bahá'í mundial, y quien los haya leído no podrá negarlos. La Dispensación de Bahá'u'lláh -el Arca de la salvación humana- debe modelarse de acuerdo a estos principios administrativos divinamente ordenados. De ellos fluirán todas las futuras bendiciones y sobre ellas descansará finalmente su inviolable autoridad.

Reconoceremos rápidamente que Bahá'u'lláh no sólo infundió en la humanidad un nuevo espíritu regenerador. Él no ha enunciado meramente ciertos principios universales o propuesto una filosofía particular, no importa cuán potentes, firmes y universales éstos sean. Él, además, lo mismo que 'Abdu'l-Bahá después de Él, a diferencia de las Dispensaciones del pasado, clara y específicamente formularon un conjunto de leyes, establecieron instituciones definidas y proveyeron los elementos de una economía divina. Ellos están destinados a conformar un modelo para la sociedad futura, un instrumento supremo para el establecimiento de la Más Grande Paz, el único factor para la unificación del mundo, y la proclamación del reino de la rectitud y la justicia en la tierra. ...14

Los líderes religiosos, los exponentes de teorías políticas, los dirigentes de las instituciones humanas, quienes en la actualidad están presenciando con perplejidad y espanto la bancarrota de sus ideas y la desintegración de sus obras, harían muy bien en dirigir su mirada hacia la Revelación de Bahá'u'lláh y meditar acerca del Orden Mundial que, atesorado en sus enseñanzas, está surgiendo lenta e imperceptiblemente rodeado del tumulto y caos de la civilización actual. No deben abrigar duda o ansiedad respecto de la naturaleza, el origen o validez de las instituciones que están erigiendo en todo el mundo los adherentes de la Fe. Pues

ellas yacen enclavadas en las enseñanzas mismas, sin ser adulteradas ni oscurecidas por inferencias insostenibles, o por interpretaciones no autorizadas de su Palabra. ...

Impetuosas fuerzas tan milagrosamente liberadas por medio de dos independientes e inmediatamente sucesivas Manifestaciones van siendo ahora, ante nuestros propios ojos, gradualmente agrupadas y disciplinadas, gracias al cuidado de los elegidos administradores de una Fe de tan vastos alcances. Dichas fuerzas se van cristalizando lentamente en instituciones que llegarán a ser consideradas como el distintivo y la gloria de la era que estamos nosotros llamados a establecer e inmortalizar con nuestras obras. ...15

Sería extremadamente erróneo intentar una comparación entre este Orden, único, divinamente concebido, y cualquiera de los diversos sistemas ideados por la mente de los hombres para el gobierno de las instituciones humanas en los diversos períodos de su historia. Semejante intento evidenciaría una absoluta falta de apreciación acerca de la excelencia de la obra de su Gran Autor. ¿Y cómo podría ser de otro modo si recordamos que este Orden constituye el modelo mismo de esa divina civilización que por la omnipotente Ley de Bahá'u'lláh está destinada a establecerse sobre la tierra? Los diferentes y siempre variables sistemas de gobierno humano, ya sean del pasado o del presente, originarios del Este o del Oeste, no ofrecen criterios adecuados para estimar la potencia de sus virtudes ocultas o apreciar la solidez de sus bases.

La Mancomunidad Bahá'í del futuro, de la cual este Orden Administrativo constituye su sola armazón, es teórica y prácticamente no sólo única en la historia entera de las instituciones políticas, sino que no tiene paralelo en los anales de ninguno de los reconocidos sistemas religiosos del mundo. Ninguna forma de gobierno democrático; ni aun ninguno de los reconocidos tipos de teocracias, ya sea el Estado Hebreo o las varias organizaciones eclesiásticas cristianas, o el Imanato o el Califato en el Islám; ninguno de ellos puede identificarse o decirse que se asemeja con el Orden Administrativo creado por la mano maestra de su perfecto Arquitecto.

Este recién nacido Orden Administrativo incorpora dentro de su estructura ciertos elementos que se hallan dentro de cada una de las tres reconocidas formas de gobierno secular, sin constituir de manera alguna una mera réplica de alguna de ellas, ni introducir dentro de su mecanismo ninguna de las características objetables que ellos inherentemente poseen. Como ningún gobierno establecido por los mortales ha podido aún realizar, funde y armoniza las sanas verdades que cada uno de esos sistemas indudablemente contiene, sin viciar la integridad de aquellas verdades divinas en que está por último fundado.

El Orden Administrativo de la Fe de Bahá'u'lláh no puede ser considerado desde ningún punto de vista como de carácter puramente democrático, puesto que esta Dispensación carece del postulado básico según el cual todas las democracias, para la obtención de su mandato, dependen fundamentalmente del pueblo. Ha de tenerse en cuenta que, en la dirección de los asuntos administrativos de la Fe, en la sanción de la legislación necesaria para suplementar las leyes del Kitáb-i-Aqdas, los miembros de la Casa Universal de Justicia, como lo dicen las claras palabras de Bahá'u'lláh, no son responsables ante aquellos a quienes representan, ni les está permitido atenerse a los sentimientos, a la opinión general, ni aún a las convicciones de las masas de los fieles o de aquellos que los eligen directamente. En actitud de oración, ellos deben seguir los dictados y los impulsos de su conciencia. Ellos pueden, más bien deben, enterarse de las condiciones prevalecientes dentro de la comunidad, pesar desapasionadamente en sus mentes los méritos de cualquier asunto presentado a su consideración, pero han de reservarse el derecho de dar un fallo libre de toda influencia. "Dios, en verdad, los inspirará con lo que fuere su Voluntad", asegura de manera incontrovertible Bahá'u'lláh. Ellos, pues, y no el conjunto de quienes directa o indirectamente los eligen, han sido hechos receptáculos de la guía divina, que es a la vez la sangre de vida y la salvaguardia final de esta Revelación. ...16

Tampoco puede descartarse al Orden Administrativo Bahá'í como duro y rígido sistema de severa autocracia, o vana imitación de cualquier forma absolutista de gobierno eclesiástico, como el Papado, el Imanato o cualquier otra institución similar, por la razón obvia de que el derecho de legislar en materias no reveladas expresamente en los escritos bahá'ís, ha sido conferido exclusivamente a los elegidos representantes internacionales de los seguidores de Bahá'u'lláh. Ni el Guardián de la Fe, ni ninguna institución que no sea la Casa Universal de Justicia, podrá jamás usurpar este vital y esencial poder, o coartar ese sagrado derecho. La abolición del sacerdocio profesional y los sacramentos que lo acompañan, bautismo, comunión y confesión de pecados; las leyes que establecen la elección por sufragio universal de todas las Casas de Justicia locales, nacionales o internacional; la ausencia completa de autoridad episcopal con sus consiguiente privilegios, corrupciones y tendencias burocráticas, son evidencias adicionales del carácter no-autocrático del Orden Administrativo Bahá'í y de su inclinación hacia métodos democráticos en la administración de sus asuntos.

Tampoco debe este Orden, identificado con el nombre de Bahá'u'lláh, ser confundido con ningún sistema de gobierno puramente aristocrático, por el hecho de que, al sostener por un lado el principio hereditario y confiar al Guardián de la Fe la obligación de interpretar sus

enseñanzas, provee por el otro la libre y directa elección, de entre la masa de los fieles, del cuerpo que constituye su más alto órgano legislativo.

Si bien ni puede decirse que este Orden Administrativo ha sido modelado según alguno de estos reconocidos sistemas de gobierno, sin embargo incorpora, reconcilia y asimila dentro de su estructura aquellos sanos elementos que pueden encontrarse en cada uno de ellos. La autoridad hereditaria que el Guardián está llamado a ejercer; las funciones vitales y esenciales que desempeña la Casa Universal de Justicia; las provisiones específicas que establecen su elección democrática por los representantes de los fieles, todo demuestra la verdad de que este Orden, divinamente revelado, que jamás podrá identificarse con ninguna de las formas típicas de gobierno a que se refiere Aristóteles en sus obras, incorpora cada una de ellas, con las verdades espirituales en que está basado. Estando los consabidos males inherentes a cada uno de estos sistemas de gobierno rígida y permanentemente excluidos de este Orden único, jamás, por más que perduren y se extiendan sus ramificaciones, podrá degenerar en alguna forma de despotismo, oligarquía o demagogia, con que tarde o temprano se corrompen los mecanismos de todas las instituciones políticas, esencialmente defectuosas, hechas por el hombre. ...

Significativos como son los orígenes de esta poderosa estructura administrativa, y no obstante el carácter único de sus rasgos, los acontecimientos que puede decirse sirvieron de heraldo a su nacimiento y señalaron la etapa inicial de su evolución, parecen ser no menos notables. ¡Cuán sorprendente y edificante es el contraste entre el proceso de lenta y continua consolidación que caracteriza el crecimiento de su poder naciente, y el torrente devastador de las fuerzas de desintegración que atacan a las consumidas instituciones tanto religiosas como seculares de la sociedad actual!

La vitalidad que las instituciones orgánicas de este grande y siempre creciente Orden tan poderosamente evidencia; los obstáculos que el gran valor y la intrépida resolución de sus administradores ya han superado; el fuego del inagotable entusiasmo que arde con fervor constante en los corazones de sus maestros viajeros; las alturas de sacrificio personal a que están llegando ahora sus constructores principales, la amplitud de visión, la confiada esperanza, el gozo creativo, la paz interior, la inexorable integridad, la disciplina ejemplar, la inflexible unidad y solidaridad que manifiestan sus valientes defensores; el grado hasta el cual el Espíritu que anima a este Orden se ha mostrado capaz de asimilar a los diversos elementos dentro de su esfera y de limpiarlos de toda clase de prejuicios y amalgamarlos dentro de su

estructura, son evidencias de un poder que mal puede permitirse ignorar una sociedad desilusionada y tristemente atormentada.

Comparad estas espléndidas manifestaciones del espíritu que anima a este vibrante cuerpo de la Fe de Bahá'u'lláh, con los llantos y agonías, las locuras y vanidades de un mundo enfermo y caótico. Observad el temor que atormenta a sus líderes y paraliza la acción de sus ciegos y desorientados estadistas. ¡Cuán feroces los odios, cuán falsas las ambiciones, cuán estrechas las finalidades, cuán arraigadas las sospechas de sus pueblos! ¡Cuán inquietante el desacato a las leyes, la corrupción, la incredulidad que están carcomiendo los órganos vitales de una tambaleante civilización!

¿No puede acaso este proceso de continuo deterioro que está invadiendo insidiosamente tantas ramas de la actividad y del pensamiento humanos, ser considerado como un elemento necesario para que se levante el Omnipotente brazo de Bahá'u'lláh? ¿No podríamos acaso, en los graves acontecimientos que han agitado tan profundamente a todos los continentes de la tierra... ver los presagiosos signos que proclaman al mismo tiempo las agonías de una civilización en desintegración y los dolores del nacimiento de ese Orden Mundial, esa Arca de salvación, que debe necesariamente levantarse sobre sus ruinas?¹⁷

La Mancomunidad Mundial Bahá'í

El contraste entre las evidencias acumuladas de firme consolidación que acompañan el surgimiento del Orden Administrativo de la Fe de Dios, y las fuerzas de desintegración que sacuden las fibras de una sociedad dolorida, es tan claro como impresionante. Tanto dentro como fuera del mundo bahá'í, los signos y evidencias que, de una manera misteriosa, están anunciando el nacimiento de este Orden Mundial, el establecimiento del cual debe señalar el advenimiento de la Edad de Oro de la Causa de Dios, están creciendo y multiplicándose día a día. Ningún observador honesto pueda ya dejar de distinguirlos. No puede ser confundido por la dolorosa lentitud que caracteriza el desenvolvimiento de la civilización que los seguidores de Bahá'u'lláh están luchando por establecer. Ni puede ser engañado por las efímeras manifestaciones de renaciente prosperidad que por momentos parecen ser capaces de contrarrestar el influjo destructor de los crónicos males que afectan a las instituciones de una edad decadente. Los signos de la época son demasiado numerosos y apremiantes como para permitirse equivocarse su carácter o disminuir su significado. Él puede, si es honesto en sus juicios, reconocer en la serie de acontecimientos que, por un lado, proclaman la irresistible marcha de las instituciones directamente asociadas a la Revelación de Bahá'u'lláh y pronostican, por otra parte, la caída de esos poderes y principados que la han ignorado o resistido; puede reconocer en todos ellos las evidencias de la acción de la omnipresente Voluntad de Dios, la formación de su perfectamente ordenado y universal Plan.

"Pronto", las propias palabras de Bahá'u'lláh proclaman, "el Orden actual será enrollado, y uno nuevo extendido en su lugar. Ciertamente, tu Señor habla la verdad y es el Conocedor de cosas no vistas". "Por Mí mismo", declara solemnemente, "se aproxima el día que Nos habremos desechado al mundo y todo el que en él existe y habremos desplegado un nuevo Orden en su lugar. Él, por cierto, tiene poder sobre todas las cosas". "El equilibrio del mundo", explica, "ha sido trastornado por la vibrante influencia de este más grande, este nuevo Orden Mundial. La vida ordenada de la humanidad ha sido revolucionada por la acción de este único, este maravilloso Sistema, nada que se la parezca ojos mortales jamás han presenciado". "Los signos de convulsiones y caos inminentes", advierte a los pueblos del mundo, "pueden ya ser distinguidos por cuanto el Orden prevaeciente demuestra ser lamentablemente defectuoso."

Ningún mecanismo que se aparte de las normas establecidas por la Revelación Bahá'í, que en desacuerdo con el sublime modelo ordenado en sus escritos, y que los esfuerzos colectivos de la humanidad podrían todavía idear, puede esperar alcanzar nada más allá de esa "Paz Menor" a la cual el Autor de nuestra Fe ha aludido en sus escritos. "Ya que habéis rechazado la Más Grande Paz", amonestando a los reyes y gobernantes de la tierra ha escrito; "aferraos a ésta, la Paz Menor, que quizá podáis en cierto grado, mejorar vuestra propia condición y la de quienes dependen de vosotros". Explayándose sobre esta Paz Menor, Él se dirige así en esa misma Tabla a los gobernantes de la tierra: "Reconciliaos entre vosotros, para que no necesitéis más de armamentos salvo en la medida en que lo exija la protección de vuestros territorios y dominios. ...Manteneos unidos, oh reyes de la Tierra, pues con ello la tempestad de la discordia será acallada entre vosotros y vuestros pueblos encontrarán descanso, si sois de aquellos que comprenden. Si uno de entre vosotros tomare armas contra otro, levantaos todos contra él, pues esto no es sino justicia manifiesta.

La Más Grande Paz, por otra parte, tal como la concibe Bahá'u'lláh -paz que deberá surgir inevitablemente como consecuencia práctica de la espiritualización del mundo y la fusión de todas sus razas, credos, clases y naciones- no puede descansar sobre otras bases y no puede ser preservada a través de otra cosa que no sean los preceptos divinos que están implícitos en el Orden Mundial vinculado a su santo nombre. En su Tabla, revelada hace casi setenta años (f) a la Reina Victoria, Bahá'u'lláh, aludiendo a esta Más Grande Paz, ha declarado: "Lo que el Señor ha ordenado como el supremo remedio y el más poderoso instrumento para la curación del mundo entero es la unión de todos sus pueblos en una Causa universal, en una Fe común. Esto de ningún modo puede lograrse excepto por el poder de un Médico hábil, todopoderoso e inspirado. Esto, ciertamente, es la verdad y todo lo demás no es sino error". ... Él, en otra Tabla, declara: "Corresponde a todos los hombres en este Día aferrarse al Más Grande Nombre y establecer la unidad de toda la humanidad. No existe sitio dónde escapar, ni refugio que nadie pueda buscar, excepto Él".

La Revelación de Bahá'u'lláh, cuya misión suprema no es otra que el logro de esta unidad orgánica y espiritual del conjunto de naciones, debe ser considerada, si nos guiamos por sus implicaciones, como la señal del advenimiento de la madurez de toda la raza humana. No deben tomársela como si fuera sólo otro renacimiento espiritual dentro de la siempre cambiante suerte de la humanidad, ni como una etapa más en una serie de progresivas Revelaciones, ni como la culminación de una sucesión de repetidos ciclos proféticos, sino como la señal de la última y más elevada etapa en la estupenda evolución de la vida colectiva del hombre en este planeta. El surgimiento de una comunidad mundial, el establecimiento de una

civilización y una cultura mundiales -todo ello sincronizado con las etapas iniciales del desenvolvimiento de la Edad de Oro de la Era Bahá'í- deben ser considerados, por su propia naturaleza y en lo que a esta vida planetaria se refiere, como los límites finales en la organización de la sociedad humana, aunque el hombre como individuo continúe indefinidamente su progreso y desarrollo, y es más, deberá hacerlo como resultado de tal consumación.

Este místico, penetrante, todavía indefinible cambio que está asociado con la etapa de maduración inevitable en la vida del individuo y en el desarrollo del fruto, debe tener su contraparte, si comprendemos correctamente las palabras de Bahá'u'lláh, en la evolución de la organización de la sociedad humana. Una etapa similar tarde o temprano, debe ser alcanzada en la vida colectiva de la especie humana, produciendo un fenómeno aún más sorprendente en las relaciones internacionales y dotando a toda la humanidad de una gran capacidad de bienestar que suministrará, en épocas sucesivas, el principal estímulo necesario para el eventual cumplimiento de su elevado destino. ...19

Sólo quienes estén dispuestos a asociar la Revelación anunciada por Bahá'u'lláh con la consumación de una evolución tan formidable en la vida colectiva de toda la raza humana, podrán captar el significado de las palabras que Él juzgó conveniente pronunciar al aludir a las glorias de este Día prometido y a la duración de la Era Bahá'í. "Éste es el Rey de los Días", Él exclama, "el Día que ha visto la llegada del Bienamado, Aquel Quien ha sido proclamado, por toda la eternidad, el Deseo del Mundo". Además, Él afirma: "Las Escrituras de las Dispensaciones del pasado celebran el gran jubileo que ha de saludar a este supremo Día de Dios. Bienaventurado quien haya vivido para presenciar este Día y reconocer su importancia". ...20

Aunque la Revelación de Bahá'u'lláh ha sido promulgada, el Orden Mundial que tal Revelación debe necesariamente engendrar no ha nacido todavía. Aunque la Edad Heroica de su Fe ha pasado, las energías creadoras que esa Edad ha liberado, no han cristalizado aún en esa sociedad mundial que, en la plenitud del tiempo, ha de reflejar el esplendor de su gloria. Aunque la estructura de su Orden Administrativo ha sido erigida, y el Período Formativo de la Era Bahá'í ha comenzado, el prometido Reino en el cual la simiente de sus instituciones habrá de madurar, aún no ha sido inaugurado. Aunque su voz ha sido levantada y las insignias de su Fe han sido elevadas en no menos de cuarenta países (g) tanto del Este como del Oeste, la integridad de la raza humana no ha sido reconocida todavía, ni su unidad proclamada, ni el estandarte de la Más Grande Paz enarbolado...21

Para la revelación de esta gran gracia, un período de intensa agitación y de gran sufrimiento parecería ser indispensable. Radiante como ha sido la Era que ha presenciado el comienzo de la Misión confiada a Bahá'u'lláh, resulta cada vez más evidente que el intervalo que ha de transcurrir antes de que tal Era brinde sus mejores frutos, aparecerá eclipsado por tinieblas morales y sociales que han de preparar a una humanidad impenitente para el premio que ella está destinada a heredar.

Hacia tal período estamos firme e irrevocablemente dirigiéndonos. Entre las sombras que paulatinamente nos van cercando, apenas podemos discernir los destellos de la celestial soberanía de Bahá'u'lláh apareciendo intermitentemente en el horizonte de la historia. A nosotros, la "generación de la penumbra", que vive en una época que podemos designar como el período de incubación de la Mancomunidad Mundial concebida por Bahá'u'lláh, se nos ha asignado una tarea cuyo elevado privilegio nunca podremos apreciar suficientemente y cuyas dificultades escasamente podemos aún reconocer. Bien podemos creer, quienes hemos sido señalados para presenciar el resultado de la acción de las oscuras fuerzas destinadas a desencadenar un torrente de agonizantes tribulaciones, que la hora más tenebrosa que debe preceder al amanecer de la Edad de Oro de nuestra Fe aún no ha llegado. Profunda como es la tiniebla que ya envuelve al mundo, las penosas aflicciones que ese mundo irá a padecer, están todavía en preparación, y no puede su tenebrosidad ser todavía imaginada. Nos encontramos en el umbral de una era cuyas convulsiones proclaman por igual los dolores de la muerte del viejo orden y los dolores del nacimiento del nuevo. Puede decirse que este Nuevo Orden Mundial ha sido concebido a través de la fecunda influencia de la Fe anunciada por Bahá'u'lláh. Por el momento, podemos sentir su agitación en la matriz de una era dolorida, una era que aguarda la hora señalada para poder arrojar su carga y ofrecer su precioso fruto.

"Toda la tierra", escribe Bahá'u'lláh, "se encuentra ahora en estado de preñez. Se aproxima el día en que habrá producido sus más nobles frutos, en que de ella habrán brotado los más majestuosos árboles, las flores más encantadoras, las más maravillosas bendiciones." ...22

"El llamado de Dios", 'Abdu'l-Bahá ha escrito, "una vez producido, insufló una nueva vida en el cuerpo de la humanidad e infundió un nuevo espíritu en toda la creación. Por esta razón, el mundo se ha conmovido hasta sus cimientos y los corazones y las conciencias de los hombres han revivido. Dentro de poco, las evidencias de esta generación serán reveladas, y los dormidos habrán de despertar." ...23

La unificación de toda la humanidad es el distintivo de la etapa a la cual la sociedad se está ahora aproximando. La unidad de la familia, de la tribu, de la ciudad-estado y de la nación, han

sido intentadas sucesivamente y establecidas por completo. La unidad mundial es la meta hacia la cual se está esforzando una humanidad hostigada. La erección de naciones ha llegado a su fin. La anarquía inherente a la soberanía del estado está moviéndose hacia su clímax. Un mundo en camino hacia la madurez debe abandonar este fetiche, reconocer la unicidad y la integridad de las relaciones humanas, y establecer de una vez por todas el mecanismo que mejor pueda encarnar este principio fundamental de su vida.

Bahá'u'lláh proclama: "En esta era, una nueva vida se agita en todos los pueblos de la tierra, y sin embargo ninguno ha descubierto su causa o percibido su motivo". Así se dirige Él a su generación: "¡Oh vosotros, hijos de los hombres! El propósito fundamental que anima a la Fe de Dios y su Religión es proteger los intereses de la raza humana y promover su unidad. ...Este es el sendero recto, el cimiento fijo e inamovible. Todo lo que sea erigido sobre este cimiento, los cambios y azares del mundo no podrán nunca menoscabar su resistencia, ni el transcurso de incontables siglos podrá socavar su estructura". "El bienestar de la humanidad", Él declara, "si paz y seguridad son inalcanzables hasta tanto su unidad sea firmemente establecida". "Tan poderosa es la luz de la unidad", además testimonia, "que puede iluminar a toda la tierra. El Dios único y verdadero, Quien conoce todas las cosas, Él mismo atestigua la verdad de estas palabras. ...Esta meta supera a toda otra meta y esta aspiración es la reina de todas las aspiraciones". "Él, Quien es vuestro Señor, el Todomisericordioso", además ha escrito, "acaricia en su corazón el deseo de contemplar a toda la raza humana como una sola alma y un solo cuerpo. Apresuraos a ganar vuestra parte de la buena gracia de Dios y de su misericordia en este Día que eclipsa a todos los otros días creados."

La unidad de la raza humana, contemplada por Bahá'u'lláh, implica el establecimiento de una mancomunidad mundial en la que todas las razas, credos y clases estén estrecha y permanentemente unidas, y en la que la autonomía de sus estados miembros, la libertad personal y la iniciativa de los individuos que la componen estén definitiva y completamente resguardadas. Esta mancomunidad debe, tal como podemos visualizarla, consistir en una legislatura mundial, cuyos miembros, en calidad de albaceas de toda la humanidad, controlarán definitiva y enteramente los recursos de todas las naciones que la compongan y formularán aquellas leyes que sean requeridas para reglamentar las relaciones de todas las razas y pueblos. Un ejecutivo mundial respaldado por una fuerza internacional, llevará a cabo las decisiones a que se haya llegado, y aplicará las leyes aprobadas por esa legislatura mundial, y resguardará la unidad orgánica de toda la mancomunidad. Un tribunal mundial adjudicará y dictaminará su veredicto obligatorio y final en todas y cualesquiera disputas que surjan entre los varios elementos constituyentes de este sistema universal. Un mecanismo de

intercomunicación mundial será ideado, el cual abarcará a todo el planeta, liberado de las trabas y restricciones nacionales, funcionando con maravillosa rapidez y perfecta regularidad. Una metrópolis mundial, actuará como el centro nervioso de una civilización mundial, el foco hacia el cual las fuerzas unificadoras de la vida han de convergir y del cual sus energizantes influencias serán irradiadas. Un idioma mundial será creado o elegido de entre los idiomas existentes y enseñado en las escuelas de todas las naciones federadas como un auxiliar del idioma materno. Una escritura mundial, una literatura mundial, un sistema monetario, de pesas y medidas uniforme y universal, simplificará y facilitará el intercambio y entendimiento entre las naciones y razas de la humanidad. En semejante sociedad mundial, la ciencia y la religión, las dos fuerzas más potentes de la vida humana, se reconciliarán, cooperarán, y se desarrollarán armoniosamente. La prensa, bajo tal sistema, en tanto que dará plena libertad a la expresión de los diversos puntos de vista y convicciones de la humanidad, cesará de ser perversamente manipulada por intereses creados, sean éstos privados o públicos y será liberada de la influencia de gobiernos y pueblos contendientes. Los recursos económicos del mundo serán organizados, sus fuentes de materias primas serán explotadas y totalmente utilizadas, sus mercados serán coordinados y desarrollados y la distribución de sus productos, será equitativamente regulada.

La rivalidades, odios e intrigas nacionales cesarán, y la animosidad y prejuicio raciales serán reemplazados por amistades, entendimiento y cooperación racial. Las causas de lucha religiosa serán definitivamente eliminadas, las barreras y restricciones económicas serán completamente abolidas y la excesiva distinción entre clases será suprimida. Pobreza extrema por una parte, y exagerada acumulación de bienes por otra, desaparecerán. La enorme energía disipada y derrochada en la guerra, ya sea económica o política, será consagrada a aquellos fines que extiendan el alcance de las invenciones humanas y del desarrollo tecnológico, al aumento de la productividad de la humanidad, al exterminio de las enfermedades, a la extensión de la investigación científica, a la elevación del nivel de la salud física, a la agudización y refinamiento del cerebro humano, a la explotación de los inusitados e insospechados recursos del planeta, a la prolongación de la vida humana, y al fomento de cualquier otro instrumento que pueda estimular la vida intelectual, moral y espiritual de toda la raza humana.

Un sistema federado mundial, gobernando toda la tierra y ejerciendo irrefutable autoridad sobre sus vastos e inimaginables recursos, que armonice y encarne los ideales del Este y el Oeste, liberado de la maldición de la guerra y sus miserias y dedicado a la explotación de todos los recursos disponibles de energía sobre la superficie del planeta, un sistema en el cual la

Fuerza es transformada en siervo de la Justicia, cuya vida es sostenida por el reconocimiento universal de un solo Dios, y por su lealtad a una Revelación común, tal es la meta hacia la cual la humanidad, impelida por las fuerzas unificadoras de la vida, se está dirigiendo.²⁴

El destino de la humanidad

Cuando miramos en retrospectiva más allá del pasado inmediato y examinamos aunque más no sea someramente las vicisitudes que afligen a una sociedad crecientemente atormentada, y recordamos las tiranteces y tensiones a las que en forma creciente ha sido sometido el tejido de un orden agonizante, no podemos más que maravillarnos por el agudo contraste presentado, por un lado, por las evidencias acumuladas de un desarrollo ordenado, y la ininterrumpida multiplicación de las influencias de un Orden Administrativo diseñado para ser el precursor de una civilización mundial, y, por el otro, por las nefastas manifestaciones de agudo conflicto político, de agitación social, de animosidad racial, de antagonismo de clases, de inmoralidad y de irreligión, proclamando en términos inciertos, la corrupción y obsolescencia de las instituciones de un orden en bancarrota. ...25

"Los vientos de la desesperación", escribe Bahá'u'lláh al contemplar el destino inmediato de la humanidad, "soplan, ¡ay!, desde todas direcciones, y la lucha que divide y aflige a la raza humana crece cada día". ..."Tal será su condición", ha declarado Él en otro contexto, "que revelarlo ahora no será propio ni conveniente". "Estas luchas infructuosas", Él por otra parte ha profetizado enfáticamente, previendo el futuro de la humanidad, durante su memorable entrevista con el orientalista Edward G. Browne, "estas guerras devastadoras pasarán, y la 'Más Grande Paz' vendrá. ...Estas luchas, discordias y este derramamiento de sangre deben cesar, y todos los hombres deben ser como parientes, como una sola familia." ..."Todas las naciones y tribus", asimismo ha escrito 'Abdu'l-Bahá, "llegarán a ser una sola nación. Se eliminará el antagonismo religioso y sectario, la hostilidad de razas y pueblos y las diferencias entre las naciones. Todos los hombres se adherirán a una sola religión, tendrán una sola fe común, se transformarán en una sola raza y llegarán a ser un solo pueblo. Todos habitarán en una patria común que es el planeta mismo".

Lo que presenciamos en la actualidad, durante "esta gravísima crisis en la historia de la civilización" que recuerda los tiempos en que "han perecido y han nacido las religiones" es la etapa de adolescencia en la lenta y dolorosa evolución de la humanidad, antes de llegar a la edad adulta, la etapa de madurez, cuya promesa está contenida en las enseñanzas de Bahá'u'lláh y encerrada en sus profecías. El tumulto de esta edad de transición es característico de la impetuosidad y de los instintos irracionales de la juventud, sus desatinos, su prodigalidad, su orgullo, la confianza en sí misma, la rebeldía y el desprecio a la disciplina.

Han pasado para no volver nunca más las edades de niñez e infancia, en tanto que está por venir la Gran Edad, consumación de todas las edades, que debe anunciar la llegada de la manurez de toda la raza humana. Las convulsiones de este turbulentísimo período de transición en la historia de la humanidad son requisitos esenciales para la Edad de Edades, "el tiempo del fin", y señalan su inevitable advenimiento; época en la que la insensatez y el tumulto de luchas, que desde los albores de la historia han denigrado los anales de la humanidad, hanrán sido finalmente transmutados en la sabiduría y la tranquilidad de una paz imperturbable, universal y duradera, en la que la discordia y separación de los hijos de los hombres habrán cedido paso a la reconciliación global y a la unificación total de los diferentes elementos que constituyen la sociedad humana.

Esta será, en verdad, la digna culminación del proceso de integración, el que partiendo de la familia, la unidad más pequeña en la escala de la organización humana, y que habiendo luego creado la tribu, la ciudad-estado y la nación, debe continuar actuando hasta terminar en la unificación de todo el mundo; objetivo final y suprema gloria de la evolución humana en este planeta. Esta es la etapa a la que, quiéralo o no, se está aproximando la humanidad irresistiblemente. En esta etapa, esta vasta, esta fiera ordalía que la humanidad está experimentando, está allanando misteriosamente el camino. Con esta etapa están indisolublemente unidos el destino y el propósito de la Fe de Bahá'u'lláh. Estas energías creadoras que su Revelación liberó... a toda la humanidad, le ha infundido la capacidad de alcanzar esta etapa final en su evolución orgánica y colectiva. La consumación de este proceso será para siempre asociada con la Edad de Oro de su Dispensación. La estructura de su Nuevo Orden Mundial, que crece en el seno de las instituciones administrativas que Él mismo ha creado, servirá como modelo y cómo núcleo de esa mancomunidad mundial que es el seguro e inevitable destino de los pueblos y naciones de la tierra.

Así como la evolución orgánica de la humanida ha sido lenta y gradual, comprendiendo sucesivamente la unificación de la familia, la tribu, la ciudad-estado y la nación, también ha sido lenta y progresiva la luz conferida por la Revelación de Dios, en diversas etapas de la evolución de la religión, y reflejada en las sucesivas Dispensaciones del pasado. De hecho, en cada época, la medida de la Revelación Divina ha sido adaptada correspondientemente al grado de progreso social alcanzado en tal época por una humanidad en constante evolución.

"Ha sido decretado por Nosotros", explica Bahá'u'lláh, "que la Palabra de Dios, y todas sus potencialidades, sea manifestada a los hombres en riguros consonancia con las condiciones que han sido preordenadas por Aquel, quien es el Omnisciente, el Sapientísimo. ...Si se

permitiera a la Palabra liberar bruscamente todas las energías latentes dentro de ella, ningún hombre podría soportar el peso de tal Revelación". "Todas las cosas creadas", ha afirmado 'Abdu'l-Bahá, aclarando esta verdad, "tienen su grado o etapa de madurez. El período de madurez en la vida de un árbol es la etapa en que produce su fruto. ...El animal llega a la etapa de pleno crecimiento y perfección, y en el reino humano el hombre alcanza su madurez cuando la luz de su inteligencia llega a su máximo poder y desarrollo. ...De igual manera, hay períodos y etapas en la vida colectiva de la humanidad. En cierta época pasó por su etapa de niñez, en otra por su período de adolescencia; pero ahora ha entrado en su fase de madurez, predicha hace mucho tiempo, y cuyas pruebas están manifiestas en todas partes. ...Lo que era aplicable a las necesidades humanas durante la primera época de la raza, no puede satisfacer ni llenar las exigencias de este día, este período de novedad y consumación. La humanidad ha salido de su anterior estado de limitación y formación preliminar. El hombre debe ahora imbuirse de nuevas virtudes y poderes, nuevos valores morales, nuevas facultades. Le esperan y descienden ya sobre él nuevos favores, perfectas dádivas. Los dones y beneficios del período de la juventud, aunque oportunos y suficientes durante la adolescencia de la humanidad, son ahora incapaces de satisfacer los requerimientos de su madurez."...26

Esta es la etapa a la que ahora se aproxima el mundo, etapa de la unidad mundial, la cual según nos asegura 'Abdu'l-Bahá, será finalmente establecida en este siglo. "La Lengua de Grandeza", Bahá'u'lláh mismo afirma, "ha proclamado... en el Día de su Manifestación: 'Que no se enorgullezca aquel que ama a su país, sino aquel que ama al mundo?'. "Mediante el poder", añade, "liberado por estas exaltadas palabras, Él ha dado un nuevo impulso y fijado una nueva dirección al ave del corazón humano, borrando toda huella de restricción y limitación del Santo Libro de Dios".

Sin embargo, es necesaria una palabra de advertencia a este respecto. El amor al propio país, inculcado y enfatizado por la enseñanza del Islám como "elemento de la Fe de Dios", no es condenado ni es desmerecido por esta declaración, este toque de trompeta de Bahá'u'lláh. No debiera, y de hecho no puede, ser interpretado como rechazo a un sano e inteligente patriotismo, ni considerarse a la luz de una censura pronunciada contra éste, ni tampoco busca socavar la lealtad y apego de ningún individuo hacia su país, ni está en pugna con las legítimas aspiraciones, deberes y derechos de ningún estado o nación en particular. Lo que da a entender y proclama es solamente la insuficiencia del patriotismo, a la vista de los cambios fundamentales efectuados en la vida económica de la sociedad y la interdependencia de las naciones, y como consecuencia de la contracción del mundo, consecuencia de la revolución de los medios de transporte y comunicación; condiciones que no existían, ni podían existir, en los

días de Jesucristo o de Muḩammad. Exige una lealtad más amplia, que no debiera estar, y de hecho no está, en conflicto con lealtades menores. Infunde un amor que en vista de su alcance debe incluir, y no excluir, el amor al propio país. Mediante esa lealtad que inspira y ese amor que inculca, echa los únicos cimientos sobre los cuales puede prosperar el concepto de ciudadanía mundial y puede descansar la estructura de la unificación del mundo. Sin embargo, insiste en que se subordinen las consideraciones nacionales e intereses particulares a las imperativas y supremas exigencias de la humanidad como un todo, por cuanto en un mundo de pueblos y naciones interdependientes, se favorece mejor a la parte favoreciendo al todo.

El mundo se está moviendo, realmente, hacia su destino. La interdependencia de los pueblos y naciones de la tierra es ya un hecho consumado, a pesar de lo que digan o hagan los jefes de las fuerzas que dividen al mundo. Su unidad en la esfera económica es ahora entendida y reconocida. El bienestar de una parte significa el bienestar del todo, y la miseria de una parte trae la miseria del todo. La Revelación de Bahá'u'lláh, en sus propias palabras, ha "dado un nuevo impulso y fijado una nueva dirección" a este vasto proceso que opera ahora en el mundo. Las llamas encendidas por esta gran prueba aflictiva son consecuencia de que los hombres no la hayan reconocido. Por otra parte, están apresurando su plena realización. Una adversidad prolongada, mundial, desconsoladora, unida al caos y la destrucción universal, debe necesariamente convulsionar a las naciones, remover la conciencia del mundo, desolusionar a las masas, producir un cambio radical en la concepción misma de la sociedad y refundir, por último, los desarticulados y sangrantes miembros de la humanidad en un solo cuerpo, único, orgánicamente unido e indivisible.

Al carácter general, las implicaciones y rasgos distintivos de esa mancomunidad mundial, destinada a surgir, tarde o temprano, de la matanza, angustia y devastación de esta gran convulsión mundial, ya me he referido en mis comunicaciones anteriores. Baste decir que esta consumación será por su misma naturaleza un proceso gradual, y debe, como Bahá'u'lláh mismo lo ha previsto, conducir primero al establecimiento de la Paz Menor que han de instaurar por sí mismas las naciones de la tierra, las cuales se hallan aún inconscientes de su Revelación y, sin saberlo, están poniendo en vigor los principios generales que Él ha enunciado. Este trascendental e histórico paso, que implica la reconstrucción de la humanidad como resultado del reconocimiento universal de su unicidad e integridad, traerá consigo la espiritualización de las masas, como consecuencia de la confesión del carácter y el reconocimiento de los derechos de la Fe de Bahá'u'lláh, condición esencial para esa fusión final de todas las razas, credos, clases y naciones, que debe señalar la aparición de su Nuevo Orden Mundial.

Entonces será proclamada y celebrada la llegada a la madurez de toda la raza humana, por todos los pueblos y naciones de la tierra. Entonces será enarbolado el estandarte de la Más Grande Paz. Entonces será reconocida, aclamada y establecida firmemente la soberanía mundial de Bahá'u'lláh, el fundador del Reino del Padre, anunciado por el Hijo y predicho por los Profetas de Dios, antes y después de Él. Entonces nacerá, florecerá y se perpetuará una civilización con una plenitud de vida tal, como el mundo jamás ha visto ni puede todavía concebir. Entonces se cumplirá plenamente el Convenio Sempiterno. Entonces se verificará la promesa encerrado en todos los libros de Dios, y acontecerán todas las profecías anunciadas por los Profetas de antaño, y se realizarán los sueños de los videntes y poetas. Entonces el planeta, vivificado por la fe universal de sus habitantes en un solo Dios y su lealtad a una Revelación común, reflejará, dentro de las limitaciones que le han sido impuestas, la resplandeciente gloria de la soberanía de Bahá'u'lláh, brillando en la plenitud de su esplendor en el Paraíso de Abhá, y será hecho el escabel de su Trono en las alturas, y aclamado como el cielo terrenal, capaz de cumplir el inefable destino que, desde tiempo inmemorial, le ha sido señalado por el amor y sabiduría de su Creador.

No intentamos nosotros, débiles mortales como somos, en tan crítico momento de la larga y accidentada historia de la humanidad, llegar a una comprensión precisa y satisfactoria de los pasos que deben sucesivamente conducir a una humanidad ensangrentada, miserablemente inconsciente de su Dios e indiferente hacia Bahá'u'lláh, de su calvario a su resurrección. No dudemos nosotros, testigos vivientes de la avasalladora potencia de su Fe, en ningún momento, ni por muy tenebrosa que sea la miseria que envuelve al mundo, de la capacidad de Bahá'u'lláh para forjar con el martillo de su Voluntad y mediante el fuego de la tribulación, en el yunque de esta época de dolor y en la forma que su mente ha previsto, los fragmentos dispersos y mutuamente destructivos de un mundo perverso, transformándolos en una sola unidad, sólida e indivisible, capaz de ejecutar su designio para los hijos de los hombres.

Es más bien nuestro deber, por muy confuso que sea el panorama, por muy sombría que sea la perspectiva actual, por muy escasos que sean los recursos de que disponemos, trabajar serena, confiada e incansablemente para prestar nuestra ayuda, de la manera que nos permitan las circunstancias, a la acción de las fuerzas que, guiadas y dirigidas por Bahá'u'lláh, están conduciendo a la humanidad desde el valle de la miseria y la vergüenza a las más sublimes alturas del poder y la gloria.²⁷

Notas y referencias

1. La introducción está formada por extractos de la declaración preparada por Shoghi Effendi en julio de 1947 para el Comité Especial para Palestina, de la Organización de las Naciones Unidas.
2. El Día Prometido ha Llegado, págs. 1-8
3. Idem., págs. 72-73
4. Idem., págs. 111-112
5. El Desarrollo de la Civilización Mundial, pág. 37
6. Idem., págs. 41-44
7. El Día Prometido ha Llegado, págs. 163-165
8. Idem., pág. 168
9. The World Order of Bahá'u'lláh (Further Considerations), pág. 25
10. La Dispensación de Bahá'u'lláh, pág. 16.
11. Dios Pasa, XVII-XVIII
12. El Día Prometido ha Llegado, págs. 176-177.
13. Éste capítulo está tomado en su totalidad de La Meta de un Nuevo Orden Mundial, págs. 11-31.
14. The World Order of Bahá'u'lláh (Further Considerations), pág. 19.
15. La Dispensación de Bahá'u'lláh, págs. 8-9.
16. Idem., págs. 81-83.
17. Idem., págs. 83-86.
18. El Desarrollo de la Civilización Mundial, págs. 1-2.
19. Idem., págs. 3-5.
20. Idem., págs. 10-11.
21. Idem., pág. 12.
22. Idem., págs. 13-14.
23. Idem., pág. 15.
24. Idem., págs. 67-71.
25. Messages to the Bahá'í World - 1950/57, págs. 102-103.
26. El Día Prometido ha Llegado, págs. 177-181.
27. Idem, págs. 185-190.

- a. Escrito en marzo de 1941.
- b. Escrito en 1944.
- c. Escrito en 1931.
- d. Escrito en 1931, se refiere a la Primera Guerra Mundial.
- e. Ahora sería más de un siglo; la Tabla a la Reina Victoria se escribió alrededor de 1870.
- f. Actualmente más de cien años.
- g. Escrito en 1936, desde entonces el número se ha elevado a 335, incluyendo 159 estados independientes y 183 territorios.